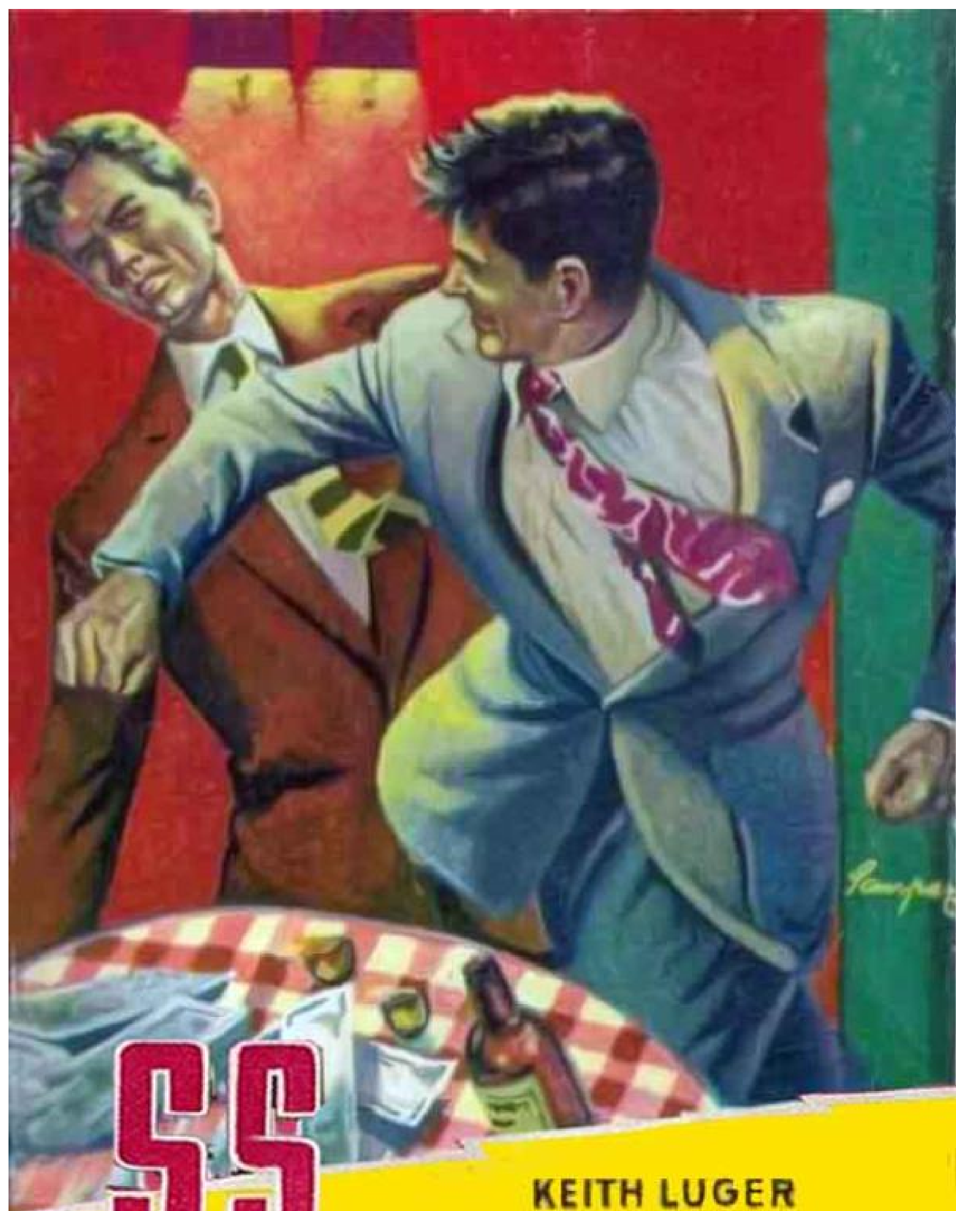

SS
SERVICIO
SECRETO
KEITH LUGER
SOY UN
TIPO DURO

Yo había ido a aquel bar de Canal Street a hacer un trabajo por cuenta de un cliente. Éste era una mujer casada a la que un antiguo novio había sacado algún dinero amenazándole con enviar a su marido un par de cartas y una fotografía comprometedora.

Primero el fulano se conformó con pequeñas cantidades, luego fue apretando las tuercas y finalmente se decidió a dar el golpe. Pidió tanto dinero como si las cartas fuesen autógrafas de Abraham Lincoln y la foto de Marilyn Monroe cuando posó para aquel almanaque. Cinco mil dólares, exactamente.

Los tipos así siempre me han revuelto el estómago. La dama en cuestión se había avenido a pagar los cinco de los grandes, pero para asegurarse de que el tipo iba a cumplir su palabra, acudió a un detective privado y me tocó a mí la china. En fin de cuentas, yo llevaba ahora encima los cinco mil dólares que debía entregar al chantajista recibiendo a cambio las dos cartas y la fotografía.




Keith Luger

# Soy un tipo duro

## Bolsilibros - Servicio Secreto - 339

**ePub r1.0**
**LDS** 08.03.19

Título original: *Soy un tipo duro*
Keith Luger, 1957
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2






KEITH LUGER

# SOY UN TIPO DURO

1ª. EDICIÓN
ENERO - 1957

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

# CAPÍTULO PRIMERO

Yo había ido a aquel bar de Canal Street a hacer un trabajo por cuenta de un cliente. Éste era una mujer casada a la que un antiguo novio había sacado algún dinero amenazándole con enviar a su marido un par de cartas y una fotografía comprometedora.

Primero el fulano se conformó con pequeñas cantidades, luego fue apretando las tuercas y finalmente se decidió a dar el golpe. Pidió tanto dinero como si las cartas fuesen autógrafas de Abraham Lincoln y la foto de Marilyn Monroe cuando posó para aquel almanaque. Cinco mil dólares, exactamente.

Los tipos así siempre me han revuelto el estómago. La dama en cuestión se había avenido a pagar los cinco de los grandes, pero para asegurarse de que el tipo iba a cumplir su palabra, acudió a un detective privado y me tocó a mí la china. En fin de cuentas, yo llevaba ahora encima los cinco mil dólares que debía entregar al chantajista recibiendo a cambio las dos cartas y la fotografía.

El lugar de la cita era aquel establecimiento adonde solo acudían borrachos y gente que había de esconder alguna cosa porque no tenía la conciencia limpia.

Me había sentado en un taburete, al lado de la barra, desde donde podía ver quién entraba por la puerta.

La sanguijuela debía presentarse a las nueve exhibiendo una gardenia en el ojal para que yo le reconociese. Había llegado demasiado pronto porque no tenía ningún trabajo en el telar y me entretuve echándole al estómago unas cuantas raciones de *whisky*. Consulté el reloj que había encima de los anaqueles llenos de botellas. Eran las nueve menos diez minutos.

Un borracho entró haciendo eses y se sentó ante el mostrador, pidiendo el cubierto de un dólar veinticinco. El tipo que servía a los

parroquianos puso delante del ebrio un plato con patatas y una salsa de color marrón que olía a demonios.

De pronto oí el chasquido de la puerta que se abría y me quedé asombrado al ver entrar en aquel tugurio a Mike Bettger en compañía de una de esas rubias que cortan la respiración.

Mike era un antiguo amigo mío, para mayor exactitud, compañero de la Universidad y, como yo, detective privado. El caso era que cuando nos concedieron la licencia constituimos sociedad. Alquilamos un despacho por sesenta y cinco dólares al mes en un catorceavo piso en la calle Sesenta, y juntos pasamos mucha hambre. Ésa fue la verdad. Pero en el caso de Mike fue peor, porque hacía muchos años que tenía novia y quería casarse. El adoptó una resolución valiente. Me pidió disculpas y disolvimos nuestra firma, entrando él a formar parte de la agencia de Investigaciones de George Shannon, una de las más famosas de la ciudad. Allí le daban setenta semanales y así, en poco tiempo pudo casarse y empezar a tener hijos. Según mis últimas noticias era un buen padre de familia con tres chavales.

Mike estaba muy enamorado de su mujer, Diana, por lo que colegí, no más verlo en compañía de la rubia, que ésta formaba parte del trabajo que estaría realizando.

El muchacho tenía un buen aspecto y se cubría con un traje marrón y un sombrero del mismo color. La rubia vestía de verde y había cargado su cara con excesiva pintura.

Se quedaron vacilando junto a la puerta y, finalmente, se dirigieron al fondo del local, donde había unos cuantos reservados. Tenían que pasar junto a mí y yo empecé a esbozar una sonrisa. Mike me miró un instante, pero luego desvió sus ojos y pasó por mi lado como si no me conociera. Aquello no me dolió. Sirvió para ratificarme que aquella mujer que acompañaba era una pieza importante en el asunto que llevaría entre manos.

Giré un poco la cabeza y pude observar sobre el espejo de enfrente cómo se metían en el segundo reservado. Contemplé mi vaso vacío y pedí al tipo que había al otro lado del mostrador que me lo llenase otra vez.

El borracho le daba a las mandíbulas como si comiese un plato servido por la cocina del Waldorf Astoria.

Otra vez la puerta chirrió.

Sí, ahora apareció mi hombre. Bueno, lo de hombre es sólo un decir. Lo hubiese reconocido sin su gardenia. Todos esos tipos son inconfundibles. Alto, atlético, de rostro bien parecido. Éste tenía el cabello moreno, brillante, aceitoso, planchado. Vestía un traje cheviot muy deportivo. ¿No era a la caza a lo que él se dedicaba? Se quedó inmóvil observando a las cuatro personas que estábamos en el mostrador. Al fin depositó sus ojos sobre mi cara y dedujo, naturalmente, que yo era el mago que le iba a proporcionar a él los cinco mil del ala. Arrojó al suelo el cigarrillo que sostenía en la mano derecha y, tras echarse hacia adelante el ala del sombrero gris, se puso en camino hacia los reservados y se introdujo en el primero.

Bebí el *whisky* que tenía mi vaso y pedí la cuenta al camarero. Luego salté del taburete y eché a andar hacia dentro. Abrí la puerta y allí lo vi, sentado ante la mesa mirándome con una sonrisa.

—Celebro que haya sido usted puntual —me dijo.

Yo no le contesté. Pasé dentro, cerré y me senté frente a él. Lo miré tanto tiempo sin decir nada que se puso nervioso.

—Tengo prisa —murmuró—. ¿Ha traído la pasta?

—Sí, claro que sí. —Metí la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y saqué un crujiente mazo de billetes de a cincuenta. El había exigido que fuese así.

Howard Martin, que así se llamaba el ordeñador, movió la mano para contar los billetes, pero entonces yo le descargué un golpe, aplastándosela contra el mármol del velador. Dio un grito de dolor y tuve la esperanza de que le hubiese partido un par de dedos.

—¿Por qué ha hecho eso? —barbotó, con una mueca.

—Ahí tiene el dinero, pero todavía no he visto la mercancía.

—De acuerdo —respondió, queriendo fulminarme con la mirada.

Tuvo que emplear la mano izquierda, porque la otra la tenía hecha puré, para sacar un par de sobres del bolsillo. Me los alargó por encima. Los abrí. Dentro de cada uno de ellos había una carta, pero nada más.

—¿Y la fotografía? —le pregunté, entrecerrando los ojillos.

El guapo se humedeció los labios con la lengua y contestó:

—Se me olvidó en casa. Me di cuenta cuando ya estaba en camino —aquí sonrió estúpidamente y sugirió—: Se la mandaré a ella por correo.

Yo le sonreí también y, cuando empezaba a creer que todo le salía a pedir de boca, le crucé dos veces el rostro con el dorso de la mano. Esta vez no tuvo tiempo de gritar. Se echó hacia atrás y metió la mano por debajo de la chaqueta. Vi brillar la culata de un arma, pero entonces le solté un terrible trallazo en el hombro derecho y se derrumbó mugiendo como un buey herido.

Allí quedó, debajo de la mesa, hecho un guiñapo.

Me tomé un poco de descanso y encendí un cigarrillo. Luego aparté la mesa, cogí a Howard por el cuello de la camisa y lo levanté. Su rostro estaba lleno de sudor y sus ojos brillaban poseídos por un miedo cerval.

—Escucha, puerco —le espeté—. Si alguna vez en mi vida, un ratón como tú me la da, estoy dispuesto a tirar mi placa en la primera cloaca que halle en mi camino. ¡Dame la foto o te arranco la piel a tiras!

Asintió con la cabeza, estremeciéndose, y me indicó con la mirada el bolsillo de donde había sacado las cartas. Le metí la mano y saqué la foto. Sí, allí estaba mi clienta y no pude menos que lanzar un silbido de admiración. Debía de hacer mucho calor cuando le tiraron la placa.

Guardé las cartas y la foto y di un empujón a Howard, el cual cayó sobre la silla en que había estado sentado. Noté un olor raro y acerqué mis manos a la nariz. Era un perfume caro que en una mujer hubiera resultado maravilloso, pero en un hombre resultaba nauseabundo. Era el perfume que Howard se ponía encima y mis manos habían estado demasiado en contacto con él.

Empezó a acercar su mano sana al dinero y cuando vio la mirada que yo le dirigía se apresuró a retirarla, creyendo que le iba a dar otra. Entonces, con mucha parsimonia, cogí el mazo de billetes y los estuve observando durante un buen rato. Al fin me cansé, cogí un billete de cincuenta y se lo tiré a *la* cara guardando el resto otra vez en el bolsillo.

—¡No puede hacerme eso! —chilló indignamente.

—Métete esto bien en la cabeza, apestoso —le dije—. Aquí termina para ti y para ella. Estáis en paz. Ya le sacaste quinientos pavos, que con los cincuenta que te doy ahora hacen una bonita cantidad. Hay cuatro millones de mujeres en Nueva York. Suponiendo que todas sean estúpidas y les saques el mismo dinero

que a mi cliente, llegarías a tener más dinero que un rajá… Pero si vuelves a molestar a esa dama, bien personalmente, por correo o sirviéndote del teléfono, te juro que te dejaré la cara de tal forma que sólo servirás para hacer de Frankenstein.

Me miró resoplando, con los ojos cargados de odio, pero no intentó nada y yo salí del reservado. Abandoné el tugurio que estaba ubicado en una esquina y di la vuelta a la manzana para llegar al lugar en que había aparcado mi descapotable.

Media hora más tarde pulsaba el timbre del apartamento de mi cliente. Ella misma me había dicho que acudiese a su casa, porque su marida se encontraba en viaje de negocios por el Medio Oeste.

Me abrió en persona, cubriéndose con un batín rojo muy ceñido.

—Oh, pase, señor Cane —murmuró risueñamente.

Dejamos atrás el vestíbulo y me introdujo en un confortable *living-room*. Señaló con la mano un diván y luego se fue a un pequeño bar y empezó a trajinar con botellas y vasos. Una radio colocada en una repisa chorreaba melancólicas notas de un *slow*.

La dama vino hacia mí con dos vasos y una sonrisa. Yo le cogí un vaso, aun cuando me hubiese gustado tomar la sonrisa.

Se sentó en el diván, cerca de mí y, después de beber un trago, inquirió:

—¿Todo salió bien?

—O. K. —dije yo, y le entregué las dos cartas y la fotografía.

Ella se cercioró de que las cartas eran las suyas y cuando sacó la foto murmuró, escondiéndola nuevamente:

—¡Oh!, ¿qué habrá pensado usted de mí?

Preferí no contestar. Me gusta la sinceridad y si le hubiese confesado lo que pensaba de ella, se habría desmayado. Cogí los cuatro mil novecientos cincuenta dólares en billetes de a cincuenta y los puse sobre la pequeña mesa que tenía delante.

Abrió unos ojos como platos al verlos.

—¿Qué significa esto? ¿Es que no le ha dado el dinero?

—Yo trabajo a mi manera —contesté—. No podía consentir que ésa sanguijuela engordase más. Ahí lo tiene todo, excepto cincuenta dólares que le dejé para el importe de la escayola.

—¿Escayola?

—Verá, se puso tan dramático que resbaló y se rompió el brazo derecho. No se hizo mucho. Solamente un par de dedos rotos y un

omóplato salido de su sitio.

Ella no dijo nada en un buen rato, y como yo había cobrado mi trabajo por adelantado, me levanté para marcharme.

Se puso también en pie, invitando:

—¿No se queda, señor Cane?

—Aún no he cenado.

—Tengo un pollo en la nevera, y otras cosas.

Me sonreía insinuantemente, pero un detective privado debe ser como un médico o un abogado. Un cliente es un cliente.

—Adiós —le dije, y me encaminé hacia la puerta.

Me siguió hasta el vestíbulo, y cuando yo abría la puerta me espetó, haciendo un mohín:

—Es usted un tonto.

—Recuérdelo, señora Calloway —le contesté—. La próxima vez le cobraré el doble.

Sus ojos brillaron airadamente, abrió los labios para decir algo, pero fue entonces cuando yo salí y cerré rápidamente desde fuera, quitándole su oportunidad.

No, la señora Calloway no volvería jamás por mi despacho. Pero tendría necesidad de los servicios de un detective privado muchas veces a lo largo de su vida. Hay ciertas mujeres que son así.

Cené en el restaurante De Monte y luego entré en un cine donde vi una película del Oeste. A las doce de la noche estaba en la cama, en mi apartamento de la calle Setenta. Dormí como un bendito. Mi sueño no fue turbado por ningún tipo engomado, atlético, ni por ninguna mujer que me sonriera insinuosamente.

A las nueve y media de la mañana siguiente, limpio, aseado, después de desayunar en el bar de Joe Riño, cerca de donde tengo instalada mi oficina, entraba en ésta y mi secretaria Mara Wallis interrumpía su trabajo a la máquina para dedicarme una de sus maravillosas sonrisas.

—Buenos días, jefe.

—Espléndidos, Mara —dije, y arrojé mi sombrero sobre el perchero, a tres yardas de distancia, con la misma puntería de siempre.

Cayó al suelo y tuve que ir a recogerlo y ponerlo en su sitio. Cuando me volví, Mara preguntó:

—¿Cómo le fue anoche, jefe?

—De primera, querida. El tipo en cuestión se portó muy caballerosamente. Me dio las cartas y la foto por cincuenta dólares.

No se lo creyó, claro.

—Le conozco, jefe, y me figuro cómo quedaría él. ¿Por qué acepta esos trabajos? Un día se encontrará con la criada respondona y no me gustaría tener que ir a visitarlo al hospital.

—Olvídelo. ¿Hay algo en la correspondencia?

—Un par de facturas, si eso significa algo para usted.

—Bueno, ahora tenemos dinero fresquito.

—¿Le sacó más billetes a esa cliente?

—No, ni un solo dólar. Con los doscientos tuve bastante.

—¡Y le devolvió cuatro mil novecientos cincuenta dólares que ella daba ya por perdidos!

—Me quiso dar algo más, pero yo no lo quise.

Mara me observó a hurtadillas con un brillo de sospecha en los ojos. Temí las aclaraciones que ella me pudiera pedir, pero en aquel momento se abrió la puerta y apareció Bill, el muchacho que nos traía todos los días la Prensa.

—Buenos días, señorita Wallis. ¿Qué tal, señor Cane? —Me miró, apuntóme con el dedo índice de la mano que tenía libre y soltó dos estampidos con la boca.

—¿Qué significa eso, Bulle? —le pregunté.

—¿No lo sabe todavía? Se han cargado a un tío. Ha debido de ser como en las películas. Encontraron su cuerpo en un callejón. Le habían metido dos balas por la espalda.

—A ver eso —dije y le quité el periódico que empezaba a alargarme.

Lo abrí por la primera página y leí los enormes titulares:

«DETECTIVE PRIVADO ASESINADO A TIROS»

¿No poseemos un sexto sentido que despierta a veces para prever las cosas? A todos nos ha pasado y entonces me ocurrió a mí, ¡y maldita sea!, no me falló.

En mitad de la página había una fotografía de un cuerpo tendido en tierra, boca abajo, rodeándole unas cuantas piernas, y a la derecha otra foto con la efigie del asesinato. Sí, era mi amigo Mike Bettger.

# CAPÍTULO II

El capitán Dan Pedelty, de la Brigada de Homicidios, sentía tanta alegría al echarme la vista encima como cuando le corroía su úlcera de estómago.

Aquella mañana, después que un agente me pasó a su despacho, Dan obsequióme con una escalofriante mirada y me dijo:

—Siéntese, Larry. Supongo que viene por lo de Bettger.

—Así es, capitán.

Pedelty, cejijunto, nariz chata, de mediana estatura, tomó asiento frente a mí, encendió un cigarrillo y, tras arrojar una bocanada de humo y mirarme durante unos instantes, murmuró:

—Usted y él eran muy amigos, ¿verdad?

—Fuimos compañeros en la Universidad y empezamos juntos como detectives privados. El tenía que casarse y hubo de renunciar a ser independiente. Fue entonces cuando le contrató George Shannon. Eso es todo, capitán.

—¿Está seguro?

Lo miré irritado.

—No olvide que he venido voluntariamente, Pedelty, y sólo por un motivo. Porque quisiera sacarle las tripas al tipo que lo hizo.

Hubo un silencio en la estancia. Dan se levantó y empezó a pasear de un lado a otro.

—Está bien, Larry, pero no hay mucho que contar. Un coche patrullero descubrió su cadáver en un callejón, detrás de Canal Street.

El corazón me dio un vuelco. Canal Street era el lugar donde Mike y yo nos habíamos encontrado la noche anterior.

Pedelty prosiguió:

—Lo mataron alrededor de la una de la madrugada. Dos tiros en

la espalda, calibre 45.

—¿Ningún vecino oyó los disparos?

—No, hasta ahora no hemos encontrado ningún testigo. Es lógico, al fin y al cabo. Lo debieron asesinar en otro sitio y lo llevaron al callejón en un automóvil. Hemos descubierto las huellas que dejaron los neumáticos en unos charcos de agua infectada que hay por allí. El coche era un sedán, «Ford» modelo 1954.

Hubo otra pausa.

—¿Algo más? —pregunté yo.

—En sus ropas sólo hemos encontrado la cartera con doce dólares, su tarjeta de identidad y un par de facturas de la tintorería y de la farmacia.

—¿Su pistola?

—Tenía la funda vacía. —Pedelty dejó correr unos segundos y, como viese que yo no hacía nuevas preguntas, añadió—: Está claro, Larry, ha ocurrido otras veces a los de su profesión. Son gajes del oficio. Alguien se ha vengado de Bettger. Ustedes se relacionan con mucha gentuza. Alguno se la juró a Bettger y ahora ha cumplido su palabra.

—¿Es eso lo que le ha dicho Shannon?

—¡No, vive Dios que no! Lo he pensado por mi cuenta, pero Shannon me ha ayudado a construir esa hipótesis. He ido a verle a su despacho y me contó algo importante. Bettger había empezado sus vacaciones hace cinco días y las terminaba pasado mañana. Le pregunté si Mike había dejado algún trabajo pendiente con la agencia y Shannon me respondió negativamente.

No creía una palabra de aquello. Conocía a Shannon. Decía la verdad por casualidad. Era un tipo que sabía vivir bien, pero a costa del esfuerzo de los demás. Aceptaba cuanto caía en sus manos y la mayoría de sus casos estaban relacionados con divorcios, infidelidades conyugales y otras porquerías. Esto no le importaba a Shannon porque es lo que da dinero. Tenía un numeroso personal bajo sus órdenes. Pedelty también conocía estas interioridades del negocio y era por lo que se amarraba a la tesis de la venganza.

—¿Qué va a hacer ahora, capitán?

—Le he pedido a Shannon una estadística de todos los casos en que Bettger ha intervenido desde que empezó a trabajar con él. Naturalmente, nuestra labor será lenta y difícil, pero quizá

tengamos suerte.

Yo habría lanzado una carcajada de no estar hablando de un asunto en el que se ventilaba la muerte de un amigo. Si el capitán llevaba a la práctica su idea, tendría que pasar un montón de semanas preguntando a los centenares de personas con quienes Mike se había relacionado desde que lo contrató Shannon.

Me levanté de la silla y él me miró enarcando las cejas.

—No aprueba mi plan, ¿verdad, Larry? Usted cree que no ha sido una venganza. Piensa que Mike había puesto las manos en algún asado.

Me encogí de hombros. El estaba haciendo todo el gasto de la conversación y malditas las ganas que yo tenía de decirle si me parecía que tenía o no razón. Por ello, en su lugar, lo que dije fue:

—Quisiera verlo, capitán.

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Puede ir cuando quiera. Ahí fuera le entregarán el volante.

—¿Ha hablado usted con su esposa? —le pregunté.

—Sí —el capitán hizo una pausa—. Ha sido un golpe terrible para ella, pero lo ha encajado con mucho espíritu. La deja con tres hijos, ¿sabe?

Meneé la cabeza en sentido afirmativo mientras tragaba saliva. Prosiguió:

—No nos ha ayudado mucho. Ha dicho que Mike, desde que tomó las vacaciones, se levantaba todos los días a las once. Después de arreglarse se estaba hasta las doce y media con los chicos y entonces se iba a dar una vuelta. Casi siempre iba a dar un paseo por los alrededores. Ya sabe, vive en un lugar por donde hay mucha zona verde. A la una regresaba, comía y se marchaba a un bar a jugar una partida de billar con los amigos. Es el establecimiento de Jackie Colhy, en la calle Setenta y Nueve. Volvía a las ocho para cenar. Luego escuchaba la radio mientras su mujer lavaba en la cocina y, finalmente, alrededor de las diez se acostaba.

—¿Tuvo ayer el mismo programa? —pregunté.

Pedelty me miró con los ojos fruncidos durante un rato.

—Todo marchó bien hasta que salió de casa después de comer. Llegó al bar de Jackie Colhy alrededor de las dos y media e inició una partida de billar, pero a las tres menos cuarto hubo una

llamada telefónica para él. La recogió el propio Colhy. El que llamaba se limitó a rogar que avisasen a Bettger y éste se puso al aparato. Colhy dice que Bettger se limitó a contestar afirmativamente y que, finalmente, dijo al que hablaba que en seguida iba. Colgó y se excusó con sus amigos por tener que abandonar la partida. Cogió la chaqueta, se la puso y salió.

—¿Nada más?

—A partir de entonces, no hay ninguna persona que haya visto a Mike. Está tan claro como el agua. El fulano que le llamó le tendió una trampa.

—Un poco raro, ¿no le parece, capitán? Esa llamada fue hecha, según usted, a las tres menos cuarto. Sin embargo, Mike fue asesinado hacia la una de la madrugada. Si era una trampa, ¿no cree que el cazador tardó demasiado en cerrarla?

Me dirigí a la puerta y cuando la había abierto volví la cabeza. Pedelty me miraba un poco congestionado.

—¿Va a meter sus narices en esto, Larry?

—Esa pregunta la contesté apenas llegué. Voy a hacer papilla al que se cargó a Mike. Puede estar seguro de ello.

—Tenga cuidado, Larry. No me gustan las intromisiones en mi terreno.

—Descuide, capitán, procuraré que nos encontremos lo menos posible.

Media hora más tarde me hallaba en la Morgue examinando el cuerpo de Mike. He visto muchos cadáveres en mi vida, pero ninguno me impresionó tanto como aquél. Tenía mis motivos. Habíamos estudiado en el mismo banco. La corrimos juntos en nuestra época de universitarios. Por una extraña coincidencia, tuvimos las mismas aspiraciones y, ¡por todos los infiernos!, habíamos empezado a trabajar asociados como detectives privados. Sentí mucho que se separase de mí, pero luego me alegré porque, al menos, con Shannon, contaba con un sueldo seguro y yo era un aventurero que un día tenía el bolsillo podrido de dinero y al día siguiente me podían poner boca abajo sin que me cayese una moneda de a cinco centavos.

El empleado que me acompañaba había quedado detrás de mí. Se abrió la puerta del fondo, por donde yo había entrado, y apareció un agente.

—¿Tiene la ropa ya? —preguntó.

El empleado, cubierto con una bata blanca, emitió un gruñido de asentimiento y se dirigió a una hilera de armarios que había en la pared. Abrió uno de ellos y sacó un alijo de ropa que depositó sobre una mesa de mármol blanco.

—¿Quiere hacer la comprobación, agente? —preguntó, mientras abría el saco.

Yo volví a mirar a Mike.

El de la Morgue empezó a reseñar la ropa de la víctima, mientras el agente hacía la comprobación sobre una lista que tenía ante sí:

—Camiseta sin mangas, calzoncillos tipo olimpic, camisa blanca, corbata verde y roja, traje azul, sombrero oscuro…

Yo pensaba en que quizá hubiese podido evitar su muerte. ¿Por qué no le dio por confiarse a mí cuando nos encontramos en aquel tugurio? Sin embargo, rehuyó mi mirada. Pero yo fui un estúpido cretino al no ver que había algo raro en aquello. ¿Por qué demonios no me intranquilizó su actitud y no me quedé allí para vigilarle después de haber ventilado mi negocio? Me comporté como un acémila abandonando el local para ir a dar el parte a aquella histérica que había contratado mis servicios. De buena gana me hubiera golpeado la cabeza contra la pared para saber qué era lo que tenía dentro. Probablemente hubiese manchado el piso de serrín.

Salí del depósito de un humor de mil diablos y me metí en el coche que había dejado aparcado ante la puerta. A las doce y media entraba en mi despacho.

Mara me observó durante un buen rato, mientras yo paseaba por su oficina con un cigarrillo en los labios y las manos en los bolsillos. Finalmente, ella chasqueó la lengua y dijo:

—Al parecer, no ha sacado nada en limpio, ¿verdad, jefe?

—No, absolutamente nada.

—Bueno, no es su culpa; al fin y al cabo, usted y él habían terminado hacía mucho tiempo.

—Así es, pero lo malo es que nos vimos ayer.

—¡No, jefe!

—Sí, Mara. Lo encontré en el lugar donde esperaba al chantajista, ¿se da cuenta? Parece como si el destino hubiese

querido carcajearse de mí. Entró con una rubia muy llamativa y él me vio perfectamente, pero eludió mi saludo. Se metieron en un reservado. Luego se presentó ese maldito de Howard y yo estaba tan furioso contra él que me olvidé de Mike. Liquidé lo del chantaje y me marché sin acordarme de que dejaba allí al muchacho. Pude haberlo evitado, Mara. Eso es lo que me duele. Y ahí están ahora su mujer y sus tres hijos. ¿Quién diablos dice que yo soy un detective privado? Me gustaría topármelo para arrancarle la dentadura de cuajo.

—Yo, jefe. Yo le digo a usted que es un detective privado. Estupendo, el mejor. Es lógico que esté usted así, pero no se debe atormentar inútilmente. Cuando haya logrado serenarse verá las cosas de otro modo. Usted mismo me lo ha repetido una y otra vez. Hay que empezar desde el principio.

—Empezar por el principio —repetí y reanudé mis pasos.

De pronto, se hizo la luz en mi mente y me volví hacia Mara, exclamando:

—¡Eso es, muchacha! ¡Usted ha dado en el clavo!

—¿Qué es, jefe?

—Mike llevaba un traje marrón con sombrero también marrón en el bar de Canal Street… ¡Cuando lo recogieron los patrulleros se cubría con un traje azul y sombrero oscuro! ¡Recuérdeme que le aumente el sueldo!

Me lancé hacia la puerta y Mara me preguntó:

—¿Adónde va, jefe?

—A hacer unas preguntas a la esposa de Mike. Pero no se lo diga a nadie. Secreto militar.

Una hora más tarde detenía el coche ante la casa donde había vivido Mike. Todavía recordaba su ubicación. Asistí a la inauguración como amigo íntimo de la familia. Eso había ocurrido dos años antes, cuando sólo tenían un hijo, aun cuando estaban esperando la llegada de otro. Luego no había tenido oportunidad de volver. Era una de esas casitas que se compran a plazos, con su jardín, su garaje, una entrada con pórtico, y, en fin, con esos detalles que me figuro hacen las delicias de una familia. La cancela del jardín estaba abierta y, después de recorrer un sendero de cemento subí tres peldaños y pulsé el zumbador. Del interior llegó el lloro de un niño, luego pasos y, finalmente, se abrió la puerta

apareciendo en el marco la mujer de Mike. Era bonita, pero ahora su rostro había palidecido y en sus labios no había la menor huella de *rouge*. Nos quedamos mirando un rato y, al fin, pude decir:

—Lo siento, Diana.

Ella se mordió el labio inferior y se apartó para dejarme pasar. Me señaló un sillón en el *living-room* para que me sentase y yo así lo hice. Apareció el hijo mayor, que tenía tres años, pidiendo chocolate. Diana se excusó y se fue con el niño a la cocina. Al abrir la puerta oí un murmullo de los otros dos pequeños. Al cabo de un rato, ella regresó sola.

—Perdona, Larry… —dijo, y de pronto no pudo contenerse más y estalló en sollozos.

Yo no sirvo para estas cosas. Por eso no me he casado. Dicen que soy demasiado duro. Bien; quizá lo sea, pero la vida sólo me ha mostrado hasta ahora el reverso de la moneda.

—Escucha, Diana —murmuré—. He venido a ayudarte. No descansaré hasta que dé con el que mató a Mike.

Ella dejó de llorar y me miró con los ojos húmedos.

—¿Crees que con eso vas a devolverle la vida? No me gustaba su profesión. Le dije que la dejase. Hay miles de cosas que pueden hacerse para ganar dinero honradamente. Tenía el presentimiento, hace mucho tiempo, de que cualquier día ocurriría esto.

—No debes decir esas cosas, Diana. A él le gustaba lo que hacía, y estoy seguro de que jamás dejó de ser honrado. Yo, desde luego, no puedo devolverle la vida, pero sí quiero sentir la satisfacción de hacer pagar su cuenta al que lo asesinó.

Secó las lágrimas con el pañuelo, y ya un poco más serena me preguntó:

—¿Qué quieres saber, Larry?

—¿En qué trabajo se ocupaba Mike?

—En ninguno. Estaba de vacaciones.

—Eso ya me lo ha dicho el capitán Pedelty, pero no puede ser así. Mike llevaba entre manos algo. Quizá recuerdes algún detalle.

—Era reservado respecto a sus asuntos. Sabía que no me gustaban. Algunas veces, cuando tenía éxito en una investigación, me decía que Shannon le había felicitado y, aunque yo no le hacía preguntas al respecto, terminaba por contarme el caso de que se trataba.

—Y, últimamente, ¿no te había dado él ninguna referencia?

—No, ninguna. A partir del día en que tomó las vacaciones, todo fue mejor en casa. Teníamos oportunidad de estar más tiempo juntos y yo pensé convencerle de que abandonase al fin la profesión. Un tío mío me escribió desde Chicago ofreciéndome una plaza de dependiente de una librería para Mike. Eran setenta dólares semanales y hubiéramos podido arreglarnos.

Saqué el paquete de cigarrillos y se lo ofrecí, pero ella negó con la cabeza. Yo encendí y, después de arrojar una bocanada de humo, pregunté:

—¿A qué hora regresó Mike anoche?

—Se marchó poco después de las dos de la tarde y ya no lo he vuelto a ver más hasta que el capitán me acompañó al depósito para que lo reconociese.

—Bueno, pero debiste de oírle cuando llegó anoche.

—¿Por qué dices eso? Si hubiese venido me habría llamado, habría subido a mi cuarto.

Todo aquello me tenía confuso.

—¿No te intranquilizó el hecho de que no volviese?

—Pensé que se habría dado una vuelta por la agencia y que le encargarían algún trabajo extra. Estoy acostumbrada a todo esto. Un centenar de veces llegaba a casa diciendo que había terminado por aquel día y, sin embargo, lo llamaban por teléfono y tenía que marcharse. A lo mejor, estaba una semana sin dejarse ver. Se presentaba a veces en los momentos más insospechados, a cualquier hora del día o de la noche. Por eso él tenía un cuarto aparte para estos casos.

—En ese cuarto tendrá su ropa, ¿no? ¿Me dejas echar un vistazo, Diana?

—Sí, puedes hacerlo —asintió, levantándose.

El dormitorio individual utilizado por Mike contenía una sola cama, una mesa y una silla. En un rincón un armario empotrado en la pared. Diana abrió éste y no pude evitar un estremecimiento al ver allí colgado el traje marrón con el que yo había visto a Mike pocas horas antes de que lo matasen. Era evidente que Diana, en su dolor, no se había dado cuenta de aquel detalle. Había visto marchar a su marido, llevando un traje y lo encontraba muerto cubriéndose con otro. Pero no recordó que por la tarde no salió de

azul. El sombrero marrón se hallaba en un anaquel de la parte superior.

Así, pues, estaba claro que Mike había vuelto a casa después de haberlo dejado yo en el bar. Se cambió y volvió a salir.

Llegó un lloriqueo fuerte de la cocina y Diana salió de la habitación.

Yo aproveché aquel momento para acercarme al armario y registrar rápidamente el traje marrón. En los bolsillos exteriores no encontré nada, pero al meter la mano en el interior de la izquierda, crujieron unos papeles. Los saqué y vi dos entradas color rosa del Madison Square Garden y un papel en blanco en el que había algo escrito. Sólo seis palabras:

«A las doce en el Canario»

Seguí registrando, pero no encontré nada más. Diana ya volvía y guardé todo rápidamente en el bolsillo.

—Está en orden —murmuré.

*Volvimos al living-room.*

—Diana, prescindiendo de las cosas del trabajo, quizá Mike te pudo decir algo que nos diera un poco de luz.

—No sé a qué te refieres.

—Ya sabes, alguna conversación o comentario de tipo especial que no estuvieseis acostumbrados a sostener.

—No, no recuerdo nada —murmuró ella, en actitud pensativa, y de pronto exclamó—: Espera…

—¿De qué se trata?

—Anteayer, al mediodía, estábamos comiendo cuando pasó por la calle un autobús produciendo un terrible ruido. Los vasos empezaron a trepidar y Mike dijo: «Esto sí que es una verdadera casualidad». Yo le pregunté a qué se refería y entonces él me contestó: «La vibración, Diana… ¿verdad que parece increíble que las vibraciones puedan hacer a alguien millonario?». Yo le dije que no entendía lo que quería decir y entonces me contestó: «Ya lo sabrás a su debido tiempo y te quedarás asombrada».

Aquello era un galimatías, pero, desde luego, algo que podía ser importante.

—Gracias, Diana.

Me dirigí hacia la puerta dando por terminada la entrevista y, al llegar al umbral, le pregunté:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Telefoneé a mi padre y me ha dicho que me vaya con él a su granja. Allí a los pequeños no les faltará de nada. No podría vivir ya en esta casa; tiene demasiados recuerdos para mí. Conozco un agente de Bienes Raíces y le encargaré que la venda.

—Lo comprendo —contesté yo, y saqué un billete de cincuenta dólares del bolsillo—. Mike me prestó hace un mes estos cincuenta. Siento no haber podido pagárselos a él.

Los dos sabíamos que aquello no era cierto. Debía de andar escasa de dinero y era la mejor forma de ayudarla sin herir su susceptibilidad. Al fin cogió el billete y me tendió la mano, sonriéndome.

—Adiós, Larry. Gracias por todo.

Yo le deseé buena suerte y salí de la casa.

Momentos después, regresaba en mi coche al centro de Nueva York. Había logrado disipar el mal humor, porque por primera vez en aquel día empezaba a vislumbrar alguna posibilidad de poder coger por el cuello al desalmado que había acabado con Mike.

# CAPÍTULO III

Eran las dos de la tarde cuando entraba en el bar de Canal Street, donde había visto a Mike la noche anterior. Ante la barra comían dos hombres con aspecto de mendigos. Al otro lado se hallaba el mismo tipo escuálido que me había servido el *whisky*. Me reconoció en seguida, pero no me dijo nada y cuando me hube sentado en un taburete acudió lentamente a mi lado, enarcando las cejas.

—¿Qué va a tomar? —preguntó.

—Lo mismo que anoche —dije para ayudarle un poco.

Se quedó un instante vacilando, pero finalmente me sirvió un vaso de *whisky*. Aquello empezaba a ir bien. Antes de que se retirase, inquirí:

—¿Ha leído el periódico de esta mañana?

Me observó atentamente y respondióme:

—No me gusta leer, míster.

—Pues se ha ahorrado una sorpresa.

—¿De veras?

—Sí; esta noche maduraron a uno de sus clientes.

Frunció el ceño y meneó la cabeza en sentido negativo.

—No he notado a faltar ninguno.

Eché una ojeada al reloj que había encima de su cabeza, en la pared, y murmuré:

—Son sólo las dos y diez minutos de la tarde. ¿Ya han pasado por aquí todos sus clientes?

El tipo hizo una mueca.

—Déjeme en paz, ¿quiere?

Saqué la placa de detective privado que llevaba en el bolsillo y la puse encima del mostrador, advirtiéndole:

—Le apuesto un dólar a que consigo que le cierren el

establecimiento por un mes.

Como no podía por menos de suceder, me miró con más interés.

—Está bien —rezongó—. ¿De qué se trata?

—¿Se acuerda de la pareja que entró aquí anoche cuando yo estaba en el mostrador? La que se metió en el reservado número dos.

—Sí.

—Hábleme de ellos.

—Era la primera vez que le veía a él.

—¿Y la rubia?

Se humedeció los labios con la punta de la lengua, miró de uno a otro lado como si de lo que fuese a decir dependiese su vida, y respondió:

—Ha venido un par de veces más por aquí.

—¿Sola?

—No; la acompañaba un fulano. Siempre se metían en un reservado.

—¿Oyó algo alguna vez?

—No. Interrumpían la conversación siempre que yo entraba y a mí nunca me han interesado los asuntos de mis clientes.

—Buen muchacho. ¿Hasta cuándo estuvieron ella y el del traje marrón anoche?

—Se marcharon poco después que usted.

—¿Me puede dar la dirección de la rubia o del alguna persona que lo conozca?

—Ya le he dicho todo lo que sé.

—¿Hasta qué hora permaneció usted aquí?

—Hasta las dos de la madrugada. A esa hora cerré y subí arriba a dormir. Me tengo que levantar temprano para abrir.

Me dio la impresión de que decía la verdad. Saqué una tarjeta y se la entregué, junto con cinco dólares, indicándole:

—Ahí le dejo mi dirección. Si aparece por aquí la rubia o el otro fulano llámeme por teléfono. Si no estoy yo, deje aviso. Se ganará otros cinco dólares, pero trabaje por su cuenta y trate de sonsacar a cualquiera de los dos.

Su rostro quedó imperturbable y no quedé muy seguro de que el buen muchacho me hiciese el favor que le pedía. De todas formas, allí nada tenía que hacer y me largué.

Poco más tarde fui en mi coche al callejón en donde habían encontrado a Mike. Dejé el vehículo aparcado[1] a la entrada y eché a andar. A un lado había una valla de madera que rodeaba un solar y a la derecha la parte trasera de una casa.

Las tormentas de primavera habían formado en el callejón grandes charcos sobre cuya superficie pululaban los mosquitos. Había algunos lugares secos y en uno de ellos debían de haber dejado caer a Mike desde el sedán, porque el traje azul que llevaba en la Morgue no tenía señal de barro.

Encendí un cigarrillo mientras calculaba que de allí al bar del Canal Street habría una distancia que se podría recorrer andando en cinco minutos.

Regresé al coche y me alejé del callejón. Me llevó media hora el llegar a la calle Cuarenta y Siete donde George Shannon tenía su agencia de detectives privados, y diez minutos el encontrar un lugar para aparcar el descapotable.

En el antedespacho de Shannon trabajaban tres mujeres. Una morena delgada, una rubia planchada y una pelirroja potable. Me dirigí a ésta y le entregué una de mis tarjetas. Ella la leyó y me obsequió con una sonrisa, rogándome que esperase, y se marchó a avisar a su jefe.

Cuando volvió a salir me dijo que en cuanto el señor Shannon terminase con la visita que tenía en aquellos momentos, me recibiría. Me senté y fumé un cigarrillo. Iba a empezar otro cuando la puerta del despacho de Shannon se abrió y apareció éste despidiendo a un caballero.

Hacía mucho tiempo que no veía a Shannon, pero seguía estando lo mismo. Parecía un jugador de *rugby*. Medía casi dos metros y era robusto, de anchas espaldas y hombros cuadrados. Me miró y sonrióse de aquella manera estereotipada que yo conocía.

—Caramba, Larry. Cuánto tiempo sin verte —saludó, dirigiéndose hacia mí con la mano tendida.

Yo se la estreché y dejé que me pasase su brazo paternalmente por encima y me condujese a su despacho. Había cambiado el mobiliario desde la última vez que estuve allí y la reforma le debía haber costado un pico. Le divirtió que me diese cuenta de ello. Me ofreció un estupendo sillón para que me sentase, me alargó una caja de cigarros caros, de la que yo cogí uno, y se sentó en el borde de la

mesa de nogal diciendo:

—No sabes cuánto me alegro de verte, Larry.

—Yo no —contesté, y al darme cuenta de que la sonrisa desaparecía de sus labios me apresuré a añadir—: Hubiese deseado que fuese en otras circunstancias.

Volvió a distender su boca y comentó circunspecto:

—Ha sido una verdadera pena. Mike era uno de mis mejores muchachos. Tú lo sabes bien porque trabajaste con él.

Era una forma bastante bonita de decirme que yo era un fracasado, pero no había ido allí para decirle que prefería mil veces ser como era a gozar de aquel lujo despellejando a los clientes.

—¡Me he ocupado de todo! —añadía—: Acabo de hablar por teléfono con la señora Bettger. Mike tendrá un entierro de primera y ya le he dicho a ella que todo corre de nuestra cuenta. Naturalmente, le entregaré doscientos dólares que en estas circunstancias siempre le vendrán bien.

—¿Y qué hay del asesinato? —pregunté.

—Ya conoces al capitán Pedelty. Se lo ha tomado con mucho interés y nosotros vamos a prestarle toda nuestra colaboración. He puesto a cinco muchachos a trabajar en el asunto. Creo que este esfuerzo rendirá su fruto y tarde o temprano el criminal pagará su delito.

Tuve la impresión de que estaba escuchando al locutor de un serial radiofónico.

—¿Cuál es su hipótesis, Shannon?

Se me quedó de muestra unos instantes y de pronto descabalgó de la mesa y se puso a pasear.

—Es bastante difícil —declaró—. En ese aspecto estoy de acuerdo con el capitán. A Mike se lo cargaron por venganza. Había intervenido en un par de centenares de casos desde que empezó a trabajar conmigo. Precisamente es lo que van a hacer mis muchachos. Pasarán por el tamiz cada asunto en que Mike actuó y ya verás como al fin hincamos el diente en una paletilla.

—¿En qué se ocupaba Mike cuando tomó las vacaciones?

—No tenía ningún asunto pendiente. El mismo día que se iba terminó su último trabajo.

—¿En qué consistió?

—Echó el guante a un tipo que sustrajo varias cosas de la casa

en que trabajaba.

Shannon se acercó a la mesa y cogió una ficha de cartón que tenía sobre una carpeta de cuero. Mientras la consultaba, dijo:

—Nuestro cliente era la Consolidated Engineering Anderson Company, su director-gerente, Lionel Zukor, y el empleado infiel se llama Vincent Jeffries.

—¿Me puede dar la dirección de ese Jeffries?

—Claro que sí —asintió Shannon, volviendo a consultar la ficha —. Montgomery, 214.

Me levanté dándole las gracias y él subrayó:

—Ya te he dicho que aquello se acabó, Larry. Carecía de importancia. El tal Vincent sustrajo aparatos de la Anderson por valor de doscientos dólares. Cuando Mike lo descubrió todo, Vincent reconoció que había obrado mal y admitió su despido e incluso, según el propio Mike me contó, le dio la mano.

—Bueno, quizá de todas formas le haga una visita.

—Debo advertirte que el capitán Pedelty se te ha adelantado.

Arrugué los ojos, preguntando:

—¿Ha ido él a verle?

—Sí, le hemos proporcionado los datos relativos a los diez últimos casos en que Mike trabajó, y como el de Anderson fue el último, Jeffries será una de las primeras personas a quienes visite.

—¿Cuánto tiempo hace que Pedelty estuvo aquí?

—Media hora antes de que tú llegases.

Volví a darle las gracias y me marché. Ya en la calle me detuve unos instantes en la acera, mientras consideraba que el capitán debía hallarse en aquellos momentos con Jeffries. No me interesaba coincidir con él y decidí darle ventaja en aquella cuestión e ir yo primero a visitar a la Anderson Company.

Me metí en la cabina telefónica de un bar cercano y conseguí la dirección.

Faltaban diez minutos para el cierre cuando fui introducido en una lujosa antesala en donde media docena de empleados empezaban a guardar subrepticiamente sus cosas en los cajones para salir disparados en cuanto sonase la hora.

Dije a un tipo con gafas que quería ver al director general y aunque mi pretensión le hizo muy poca gracia pasó a comunicárselo al jefazo llevando en su mano la tercera tarjeta con mi nombre que

yo entregaba en aquel día. Esta vez no hubo espera. Reapareció el miope y me indicó, manteniendo la puerta abierta, que podía pasar.

Me encontré en otra gran sala con una mesa al fondo. Tras ésta se hallaba un hombre. Había que recorrer tan larga distancia para llegar a él que pensé sería un gran negocio poner un quiosco de refrescos en el camino. Me armé de valor y me puse a andar. Cuando llegué a la meta, el señor Zukor simulaba estar trabajando porque escribía algo en la cuartilla que tenía delante. Tosí fuertemente y él levantó la cabeza.

—Siéntese, señor Lane.

—Cane —le rectifiqué.

—Oh, sí. En seguida le atiendo.

Continuó escribiendo tonterías y, finalmente, levantó su cara de saltamontes y me preguntó:

—¿Qué es lo que desea, señor Cane?

—Me ocupo en intentar esclarecer la muerte de mi amigo Mike Bettger.

—¿Bettger?… Oh, sí. Esta mañana lo he leído en el periódico. Lo he sentido mucho. Era un gran hombre ese Bettger. Hace una semana lo tuve aquí mismo, sentado donde está usted ahora. Servicial, honrado y muy eficiente. Nos lo demostró a nosotros capturando a un hombre que venía sustrayendo aparatos de nuestros talleres.

—Ese hombre se llama Vincent Jeffries. ¿No es así?

—Sí, exactamente, señor Cane.

—¿Qué me puede decir de él?

—Hay poco que contar y le advierto, nuevamente, que el caso está fresco. —Hizo una pausa y añadió—: Jeffries trabajaba en nuestros talleres de cortador de metales. Era un buen obrero y nosotros jamás hubiéramos sospechado de él.

—¿Qué es lo que sustrajo?

—Oh, algunas cosas sin importancia. Agujas medidoras, algún trozo de correa…

—¿A qué valor se elevaba todo lo robado?

—Es difícil determinar el valor pieza por pieza, ya que todas ellas formaban parte de un aparato peculiar, el oscilómetro.

—Perdone mi ignorancia, señor Zukor. ¿Qué es un oscilómetro?

Zukor me sonrió y repuso:

—Oh, no se preocupe, le informaré muy gustosamente. Un oscilómetro es un aparato medidor de vibraciones.

Aquella respuesta me hizo vibrar a mí. Me dije que debía detenerme en el punto donde habíamos llegado y me levanté diciendo:

—Ha sido usted muy amable, señor Zukor.

El también se puso en pie y me di cuenta de que era más corpulento de lo que había supuesto.

—¿Cree que Jeffries tiene algo que ver con la muerte del señor Bettger?

—¿A usted qué le parece? —Le devolví la pelota.

Sonrió un poco perplejo y respondióme:

—Sinceramente, considero a Jeffries incapaz de hacer una cosa así. Es un hombre muy apacible, y cuando Bettger descubrió sus sustracciones y lo hizo comparecer aquí se mostró comprensivo, dispuesto a aceptar la sanción que le impusiésemos. Naturalmente, yo me contenté con despedirlo, habida cuenta de que el valor de lo robado no tenía mucha trascendencia. Jeffries firmó todos los documentos que le presentó nuestro abogado y no parecía muy afectado cuando se marchó.

Me acompañó hasta la puerta e iba a abrirme cuando hice chasquear los dedos como si me acordase de pronto de algo.

—Sólo una pregunta más, señor Zukor. ¿De qué medio se valió Bettger para echar mano a Jeffries?

Clavó sus ojillos grises en mí e invirtió algunos segundos en contestar:

—Cada uno de los obreros tiene un armario de su uso particular. Bettger se limitó a hacer un registro en los armarios durante las horas de trabajo y encontró algunos objetos sustraídos en el de Jeffries. Todo fue muy sencillo, como puede ver.

Eso es lo que me pareció a mí, que el trabajo de Mike había sido demasiado fácil.

Volví a la calle y calculé que el capitán Pedelty debía de haber terminado con Jeffries. Monté en mi coche y lo dirigí hacia la calle Montgomery. Antes de llegar oí el zumbido de una sirena y tuve que apartarme para dejar pasar una ambulancia.

Por segunda vez me asaltó un presentimiento. Conforme me acercaba al número 214 me iba dando cuenta de que quizá llegaría

demasiado tarde. Junto al borde de la acera había dos coches de la policía. La ambulancia se había estacionado detrás del segundo.

Era un distrito donde vivía la clase media. La gente empezaba a arremolinarse frente a la casa a que yo me dirigía. Pasé de largo y doblé por la primera transversal aparcando el coche. Luego me acerqué, caminando a grandes zancadas. Cuando llegué a la casa, dos enfermeros sacaban una camilla y encima de ella ví a un hombre de unos cincuenta años de edad, de rostro pálido, que se mantenía completamente inmóvil con los ojos cerrados. El capitán Pedelty, el sargento Bronson y otros agentes caminaban detrás. No podía quedarme quieto y me abrí paso a codazos por entre el público, llegando junto a Pedelty.

—¿Qué es eso, capitán? —pregunté.

Me miró sorprendido e hizo una mueca como si oliese a pescado podrido.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, Larry? —preguntó a su vez.

—Quería ver a Jeffries lo mismo que usted.

—Pisándome los talones, ¿eh?

—Tengo un cerebro que trabaja por su cuenta.

—¿De veras? —sonrió—. Pues esta vez no le ha servido de nada.

—¿Muerto?

—No, afortunadamente no. Ha intentado suicidarse, pero he llegado a tiempo para impedirlo. Se ha metido una buena ración de pastillas somníferas en el cuerpo, pero el médico me ha dicho que lo salvará.

Los enfermeros cerraron la puerta trasera de la ambulancia desde dentro y ésta salió disparada, haciendo gemir de nuevo la sirena.

—Ya se lo advertí, Larry —dijo el capitán, sacando el paquete de cigarrillos—. Su amigo Mike consiguió que despidiesen a Jeffries de la compañía Anderson, y Jeffries no se lo perdonó. Todo está en orden. Encontramos arriba, debajo del colchón, una pistola calibre 45 recién disparada. Ya puede dar por seguro que nuestros peritos en balística harán lo demás. ¿Logra comprenderlo su privilegiado cerebro, señor Cane? Jeffries se dio cuenta de que lo íbamos a pescar de un momento a otro y, antes de ello, decidió marcharse al otro barrio para evitarse la silla eléctrica. Pero no le ha valido.

Sí, todo parecía terminado. Un caso vulgar que ni siquiera

podría atraer la atención de los periódicos sensacionalistas. Desvié la mirada hacia el público que runruneaba todavía por los alrededores y la vi a ella, a la rubia. Era evidente que intentaba pasar inadvertida, ya que se protegía detrás de un par de individuos bastante altos. Pero yo vi su cabello dorado entre ellos y también vi sus ojos, unos ojos que expresaban temor. Aparté rápidamente la mirada para que no se diese cuenta de que era objeto de mi atención y dije al capitán:

—Ha hecho un buen trabajo, Pedelty.

Me miró otra vez frunciendo los ojos, sin dar crédito a lo que oía.

—¿Quiere decir, Larry, que da por acabado el asunto este?

Me encogí de hombros, respondiendo:

—Usted lo ha dicho. Es un caso completamente resuelto. —Vi por el rabillo del ojo que la rubia echaba a andar calle abajo por la izquierda, justo en la dirección en que yo tenía aparcado el automóvil y añadí rápidamente—: Mi enhorabuena, capitán. Voy por el coche que dejé ahí arriba.

Me aparté del policía y eché a andar tras la rubia, clavando la mirada en el suelo. Ella cruzó la transversal, pero yo la doblé, monté en el coche y di la vuelta rápidamente volviendo a la calle Montgomery. La vi a lo lejos caminando rápidamente. Por fin se metió en un taxi. Empezó la persecución que acabó media hora más tarde cuando el taxi se detuvo en la calle Cuarenta y Dos y ella bajó, abonando el importe de la carrera. Metí a toda prisa mi coche en el hueco que dejaba otro que salía y salté temiendo que mi presa escapase, pero tuve suerte porque ella se había detenido junto al escaparate de una joyería. Luego continuó andando y entró en un bar. Yo esperé unos minutos y me colé dentro. Había mucha gente, pero mi rubia estaba sola ante una mesa del fondo.

Esperé quince minutos acodado a la barra, bebiendo *whisky* mientras la vigilaba. Pensé que se habría citado allí con alguien, pero el tiempo transcurría y la joven despedía a cuantos moscones se le acercaban.

Su rostro reflejaba preocupación. De vez en cuando se mordía el labio inferior como si se encontrase ante un insoluble problema.

Finalmente me decidí a actuar. No podía exponerme a que ella saliese del bar y que por cualquier causa la perdiese de vista. Jamás

me lo perdonaría. Pagué lo consumido en la barra y me aproximé a la mesa. Cuando llegué junto a ella le pregunté:

—¿Quiere que hablemos de Jeffries?

Ella levantó la cabeza, sobresaltada, y pude admirar a vista de pájaro su bello rostro de cejas en arco, ojos de aguamarina, nariz romana y labios húmedos, rojos como la sangre.

## CAPÍTULO IV

—¿Quién es usted? —me preguntó, a su vez.

Me senté sin que ella me invitase y, mirándola fijamente, le respondí:

—Usted cree que yo soy de la policía porque me ha visto hablando con el capitán Pedelty. Por ello considero necesario puntualizarle que se equivoca a ese respecto. Soy solamente un detective privado y mi nombre es Larry Cane.

La joven se quedó al pronto confusa, pero reaccionó rápidamente, y su rostro expresó seguridad al insinuar:

—Así, pues, está de parte de ellos.

—No sé siquiera quiénes son «ellos», señorita… ¿Cómo debo llamarla?

—De ninguna manera. Será mejor que me deje en paz.

Yo negué con la cabeza.

—Por ese camino no iremos a ninguna parte, rubia… y yo tengo mucha prisa por llegar a la meta.

—Tiene una forma muy extraña de hablar, señor Cane. ¿A quién representa usted en todo esto?

—A un muerto. —Noté que se estremecía ligeramente y añadí—: A Mike Bettger.

Arrugó la frente, preguntándome:

—¿Qué tiene que ver con él?

—Éramos amigos de la infancia y abrazamos la misma profesión. Cuando leí en los periódicos su muerte me juré a mí mismo que daría con el que lo mató, pasase lo que pasase. Y le voy a agregar a usted otra cosa. Me importa tres cominos quién caiga en el cumplimiento de mi promesa.

Ella sonrió nuevamente.

—¿Y por qué se dirige a mí, señor Cane?

—Quizá sea porque tengo la corazonada de que usted puede ayudarme a abrir la caja de las sorpresas.

—Está equivocado. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: Ahora lo comprendo todo, señor Cane. Usted vio que me acerqué a la casa de donde sacaban a aquel hombre en la camilla y porque vio que me asustaba ha creído que tenía alguna relación con aquello.

—No sea ingenua, preciosa. Usted está metida hasta el cuello en todo el negocio. Bastaría para demostrarlo que ha dado por supuesto estar al corriente de lo de Mike.

—Yo también leo los periódicos. Si usted emplea esa lógica, encontrará, varios millones de neoyorquinos que, a su manera, están relacionados con la muerte de ese detective privado.

—Pero apuesto a que ninguno de ellos estuvo ayer con mi amigo, a las nueve de la noche, en un bar de Canal Street.

Aquello fue para ella como una descarga de alta tensión. Sus manos se crisparon sobre el mantel y en sus ojos volví a ver aquella expresión de miedo que ya había visto junto a la casa de Jeffries. Como seguía guardando silencio, yo indiqué:

—¿Se da cuenta de que lo mejor que puede hacer es colaborar conmigo?

Ella dudó todavía unos instantes y, finalmente, preguntó:

—¿Qué garantías me ofrece de que usted va a ser honrado conmigo?

Saqué mi cartera y le enseñé la tarjeta de identidad en tanto manifestaba:

—Llevo cinco años actuando como detective privado, y mi cuenta corriente se eleva en estos momentos a unos doscientos dólares aproximadamente. Si yo fuese tan desaprensivo como algunos, a estas horas podrí: estar retirado divirtiéndome a lo grande, pero desde que empecé en esta profesión de locos decidí ir por el camino recto. Es todo cuanto le puedo decir.

—¿Tiene un cigarrillo? Los míos se me han terminado.

Saqué el paquete y encendimos los dos. Un camarero se acercó a nosotros y yo miré a la rubia preguntándole con la mirada qué quería tomar. Pidió un «Martini» y yo un nuevo *whisky*. Mientras el camarero iba a servir el pedido, la joven murmuró:

—Me llamo Lauren Corday y soy sobrina de Vincent Jeffries, el

hombre que acaban de asesinar.

Lo dijo con voz tan lúgubre que consideré mi deber rectificar:

—Su tío no ha muerto, señorita Corday.

—¿Cómo dice?

—El hombre con quien me vio hablar en la calle es el capitán Pedelty de la Brigada de Homicidios, y me aseguró que Vincent tomó una gran cantidad de pastillas somníferas, pero llegó a tiempo de salvarle, y el médico le aseguró que pronto estará fuera de peligro.

Lauren agachó la cabeza y cerró los ojos, murmurando:

—Gracias a Dios.

El camarero dejó sobre la mesa el vermut y el *whisky* y se marchó.

—¿Por qué creyó que lo habían asesinado? —le pregunté.

—Existen suficientes razones para ello.

—Sin embargo, Pedelty cree que Vincent mató a Mike Bettger para vengarse de él, puesto que debido a la actuación de Mike, él fue despedido de la Consolidated Anderson.

—Eso es absurdo. Sepa que su amigo Mike trabajaba para mi tío.

Aquello estaba más de acuerdo con las ideas que me había forjado acerca del caso.

—¿Por qué no empieza desde el principio, señorita Corday?

Ella meneó la cabeza en sentido afirmativo y bebió un trago del «Martini».

—Yo sólo hace tres meses que llegué a Nueva York —empezó a contar—. Soy de Akron, Ohio. Mi madre murió al nacer yo, y mi padre falleció hace cuatro años. Yo trabajaba como dependienta en unos grandes almacenes. Vincent y yo nos carteábamos de vez en cuando. Hace un año aproximadamente me escribió por primera vez que estaba trabajando en algo que lo convertiría en millonario de la noche a la mañana. Mi padre ya me había puesto al corriente de las aficiones de Vincent, su cuñado. Siendo muy joven entró a trabajar en una gran siderúrgica de Detroit. Era un poco aventurero y nunca estaba conforme en el sitio en que se encontraba. Por ello fue pasando de una ciudad a otra hasta recalar por fin en Nueva York. Se había especializado en la maquinaria destinada al corte de metales. Finalmente, me escribió una carta en la que me comunicaba haber logrado su sueño. Me invitaba a que acudiese

inmediatamente cerca de él. No me debía preocupar del dinero, ya que a él le iba a sobrar. —Hizo una pausa para beber un nuevo trago y luego prosiguió—. Hice las maletas y acudí a su llamada. Me recibió en la Estación Central, me invitó a cenar en un restaurante y, por fin, cuando regresamos a casa me pasó a una habitación que tenía convertida en un verdadero taller. Abrió un armario y me mostró su invento. Un aparato que yo nunca había visto.

—¿Qué era?

—Un torsímetro. Quizá el nombre no le diga nada a usted como tampoco me lo dijo a mí cuando mi tío me lo citó. Era un aparato medidor de oscilaciones.

—De vibraciones —rectifiqué yo, recordando aquel diálogo entre Mike y su mujer.

—Exacto, señor Cane. Mi tío empezó a darme explicaciones, entusiasmado. Me dijo que entre las máquinas cortadoras de metales existía un problema de gran importancia. Las correas, las fresadoras y, en fin, incluso el trabajo acabado que salía de la máquina, en este caso el material cortado, sufrían enormemente por las vibraciones de la propia máquina cortadora. Esto llevaba consigo un desgaste. Si por algún medio alguna vez se conseguía anular tales vibraciones, se podría conseguir un rendimiento mayor, en un cincuenta por ciento, y al propio tiempo las máquinas lograrían una duración más normal. Existen aparatos para medir las vibraciones, pero no sirven para lograr la solución del problema. Existían vibraciones de una diezmillonésima de milímetro que los oscilómetros no podían recoger. Vincent se había propuesto inventar un aparato que recogiese no solamente esas vibraciones sino otras mucho más insignificantes y, al fin, lo había conseguido. Por eso me llamó a mí para participar de su triunfo.

—¿Había alguien al corriente de esos experimentos?

—Solamente un amigo íntimo que trabajaba con él en la Compañía Anderson. Un tal Walter Mills. Estaban juntos en la misma planta industrial, en la de corte de metales.

—¿Cuáles eran los propósitos de su tío respecto a la explotación de su invento?

—Quería encontrar un capitalista para financiar la fabricación de su torsímetro. Haciéndolo en gran escala, podían obtener un

beneficio neto de cinco millones de dólares en el primer año, de ocho en el segundo y de once en el tercero. Vincent había hecho todos los cálculos.

—Pero, al parecer, le falló el más importante. ¿A quién se dirigió para encontrar el dinero?

—Su amigo Walter Mills le había hablado de un agente de patentes y marcas, Donald Fresh, el cual tenía montado un servicio en su agencia para favorecer los nuevos inventos que no encontrasen financiación. Walter acompañó a mi tío al despacho de Fresh. Naturalmente, éste, una vez enterado del asunto, exigió que le presentasen los planos a que se referían. Mi tío se los exhibió, reservándose el que correspondía a la pieza principal, el sincronizador. Fresh dijo que se quedaría con los planos para que sus técnicos emitiesen un informe en el plazo de algunos días. Si este informe resultaba favorable, suscribirían un contrato para la explotación, condicionado a que el examen del plano del sincronizador resultase también satisfactorio. Esto ocurrió hace hoy doce días. Cuatro días más tarde, o sea, el sábado, mi tío telefoneó a Fresh para saber el resultado del examen. Donald le dijo que aún no sabía nada, pero le prometió acelerar el asunto para contestarle definitivamente el lunes o el martes.

»Este mismo día mi tío me invitó a ir al cine. Fuimos a la sesión de la noche, a las nueve y media. Cuando regresamos, después de las once, entramos en el piso y nos dimos cuenta en seguida de que alguien había penetrado en el apartamento en nuestra ausencia. Mi tío corrió hacia el armario donde guardaba el torsímetro y vio que había desaparecido. Igualmente se habían llevado la carpeta en donde guardaba los planos originales de todas las piezas de que se componía el invento. Los dos quedamos consternados. Yo le dije que acudiese inmediatamente a la policía, pero mi tío me contestó que por ese camino no adelantaríamos natía, ya que no había registrado su invento y, por lo tanto, no existía forma para acreditar que el torsímetro era una creación suya. Aunque la policía diese con el ladrón, éste podría alegar que el trabajo era suyo, pues tenía en su poder el aparato en cuestión y los planos correspondientes.

»Al día siguiente, domingo, mi tío fue a visitar a Mills, a quien le contó lo que le había ocurrido. El círculo de las personas que conocían el secreto de mi tío era bastante reducido. De una parte, se

encontraba su amigo Walter, y de otra, Donald Fresh y los técnicos de éste. Pero he aquí que Walter había cooperado a que fuese mayor el número de estas personas, puesto que confesó entonces a mi tío que creyendo hacerle un favor, aproximadamente un mes antes, había hablado con Lionel Zukor, director-gerente de la Anderson, sobre los experimentos que mi tío estaba realizando. Mills se justificó diciendo que Zukor podía haber hecho una propuesta a Vincent que le fuese altamente beneficiosa. Ambos acudieron al despacho de Donald Fresh, a quien informaron de lo que ocurría.

La joven hizo una pausa mientras encendía otro cigarrillo y luego, prosiguió:

—Allí se encontraron con otra sorpresa: Donald manifestó que no sabía una palabra de aquel robo, pero que de todas formas a él el invento no le interesaba, ya que los técnicos habían dado un informe desfavorable. Devolvió los planos que tenía en depósito y mi tío salió de allí en peor estado que había entrado. Walter prometió a Vincent hacer un sondeo respecto a Lionel Zukor, pero los sucesos se precipitaron.

»Al día siguiente, Vincent estaba trabajando en la fábrica, apesadumbrado por todo lo ocurrido, cuando un capataz le ordenó se presentase en el despacho de Zukor. El creyó que aquella llamada tendría relación con la gestión que Mills prometió hacer, pero cuál no sería su sorpresa cuando con lo que se encontró fue con que Zukor lo acusó desabridamente de haber sustraído algunas piezas de maquinaria en la planta industrial donde trabajaba. Allí había un hombre, un detective privado llamado Mike Bettger, el cual comunicó a mi tío que había encontrado en su armario algunos objetos que se habían echado de menos. Vincent no intentó defenderse, se sentía objeto de una confabulación. Le habían tendido una red en la que él había caído. Firmó un documento, renunciando a cuantos derechos le asistían, aceptando el despido y reconociendo ser el autor de aquellas sustracciones. Vino a casa y me contó lo que pasaba. Me indigné de tal forma que fui a la fábrica y pedí a Mills que se informase de la dirección del detective privado que había intervenido en aquel caso. Cuando por la tarde me la facilitó, yo llamé a la agencia en que trabajaba Bettger. Me puse en contacto con él y le rogué me escuchase.

»Yo conocía ese bar de Canal Street, porque desde mi llegada a Nueva York me gustaba caminar sin rumbo fijo por las calles. Allí nos encontramos y yo le expliqué todo lo que ocurría. Se interesó por el asunto y me prometió que lo investigaría a fondo. Empecé a temer que no cumpliese su promesa, cuando ayer me telefoneó diciéndome que tenía noticias muy importantes que comunicarme. Quedamos citados en el mismo sitio. El me esperaba en la puerta del bar y entramos, dirigiéndonos a un reservado.

—Yo estaba junto al mostrador y los vi pasar junto a mí. Me extrañó que Mike no me saludase aun cuando supongo que tendría sus razones. ¿Qué fue lo que dijo?

—Me exhibió dos entradas del Madison Square Garden diciéndome que íbamos a estar muy cerca del ladrón.

—Pero ustedes permanecieron bastante rato en el reservado.

—Mike estaba esperando una llamada telefónica, la cual no se produjo sino cuando llevábamos allí más de quince minutos.

Yo calculé mentalmente, llegando a la conclusión de que aquella llamada se produjo pocos instantes después de que yo abandonase el local.

—¿No le dijo quién le llamaría? —pregunté.

—No, señor. Empezó a hablar de su mujer y de sus hijos, pero no se refirió en momento alguno a nada relacionado con la expoliación de que había sido objeto mi tío. Al fin se oyó la voz del dueño del bar preguntando si había allí algún Mike Bettger. Salió, y tres minutos después regresó diciendo que nos íbamos al Madison.

—¿Qué ocurrió en el Madison?

—Yo estaba muy nerviosa, pero Mike, por el contrario, parecía hallarse de muy buen humor. De todas las personas que había oído hablar a mi tío, sólo conocía a Walter, pero miré a mi alrededor y no le vi. Todas las sillas de aquel sector estaban ocupadas. Así, pues, el hombre a que se refería Mike, el ladrón, debía hallarse ya allí. Le pregunté en voz baja cuándo me lo iba a señalar y él me contestó que tuviese paciencia. Al poco rato, Mike se excusó y me dejó sola. Lo vi marcharse hacia la puerta más lejana. Supuse que estaba preparando la última parte de su plan para echar mano al ladrón y me mantuve tranquila. En el *ring* los dos boxeadores de turno empezaron a pegarse fuerte y el público se puso en pie, rugiendo entusiasmado. Fueron unos momentos de gran emoción que no

cesaron hasta el final del combate, cosa que ocurrió unos diez minutos más tarde. Mike no había regresado. Sólo quedaba el combate de fondo. Yo estaba cansada de todo aquello, pero no tenía más remedio que estarme allí quieta. Se apagaron de nuevo las luces e inicióse el último *match*. Cuando ya habían transcurrido tres de los asaltos, un hombre me tendió un papel desde el pasillo. Lo cogí y leí algo que me dejó extrañada.

—¿Qué fue?

Lauren abrió su bolso, del que extrajo la mitad de una cuartilla doblada. La abrí y leí: «Márchese a casa. Todo va bien. Ya me pondré en contacto con usted». Estaba firmada por Mike. Conocía bien su letra y sabía que era su firma y su rúbrica. Allí no había engaño.

Lauren guardó silencio y yo, aunque sabía que había terminado su relato, dije:

—Y ya no volvió a saber más de él.

—Desgraciadamente, después de aquello, lo primero que he sabido de Mike ha sido lo que he leído esta mañana en los periódicos.

—Sí, todo ha sido muy lamentable. ¿Cómo reaccionó su tío?

—Cometí una torpeza. No le dije nada al respecto. Desde que fue despedido de la Anderson tenía rotos los nervios. Se pasaba la mayor parte del día acostado. Me encerré en mi cuarto y leí la información en el diario que había comprado en la calle. Entonces salí de nuevo. Me había impresionado enormemente. Estuve andando por ahí, pensando en lo que sería mejor para Vincent. Decidí volver y contárselo todo. Al llegar a casa me he encontrado con la sorpresa de que a mi tío lo sacaban en la camilla. No he sido dueña de mí por unos momentos y, creyendo que él había muerto, he echado a andar atemorizada, confusa. Hace un rato estaba decidida a comunicar a la policía todo lo que sabía, pero pensé que antes me vendría bien una taza de café para reanimarme. Entonces es cuando se ha presentado usted.

Me quedé unos instantes pensativo y luego comenté:

—Es una bonita historia. Ahora quedan aclaradas algunas cosas. Fui bastante torpe no comprendiendo que Mike, al no saludarme, pretendía que me quedase allí. Luego me hubiese hablado. No debía de estar muy seguro de que él sólo pudiese con aquello, pero yo

estaba preocupado por mi asunto y no reaccioné como él esperaba. Yo merecía haber sido baleado en lugar de él.

—Olvide eso. Es posible que si Mike le hubiese hecho partícipe del resultado de sus investigaciones, habrían sido dos los cadáveres aparecidos en ese callejón.

No contesté nada, y ella, tras morderse el labio inferior, preguntó:

—¿Qué debo hacer, señor Cane?

Yo dejé transcurrir unos segundos mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Finalmente, repuse:

—Creo es preferible dejar las cosas como están.

—Entonces, ¿no debo acudir a la policía?

—Mire, Lauren, cada caso tiene sus ventajas y sus inconvenientes. La policía cuenta con una gran organización. Ellos son muchos y, además, están revestidos de autoridad. Para ciertos asuntos es indudable que, dadas las condiciones en que trabajan, pueden hacer más que un tipo solo. Pero todos los negocios no pueden ser medidos por el mismo rasero y creo que éste es uno de ellos. Opino que con lo que me ha contado usted me encuentro perfectamente preparado para proseguir en el punto donde Mike Bettger se detuvo.

—¿Quiere decir que usted se las va a entender con ese asesino?

—Así es.

—¿Está seguro de no cometer un error, señor Cane?

—A veces me gusta correr ese riesgo.

—Pero quizá exista algo que usted no tiene en cuenta.

—¿Qué es ello?

—Cuando mi tío recobre el conocimiento será cuestión de minutos que la policía vaya a mi casa por mí. Vincent les contará la relación que me unía con Mike Bettger. Entonces no tendré más remedio que confesar todo al capitán Pedelty.

—El capitán Pedelty ha creado una hipótesis sobre el caso, y tardará todavía algún tiempo en rechazarla. Según él, Vincent asesinó a Mike Bettger porque por culpa de él fue despedido de la Compañía Anderson. Pero de todas formas su tío insistirá en que la policía la busque a usted si tarda mucho tiempo en aparecer por el hospital. Creerá que también corre peligro y querrá protegerla. No me interesa, desde luego, que usted vuelva a abrir la espita, de

modo que, lo mejor que podemos hacer, es que se hospede en un hotel con nombre supuesto.

Ella le miró con ojos que brillaron temerosos, inquiriendo:

—¿Admite de veras que corro algún peligro, señor Cane?

—Es posible que así sea. Usted acompañó a Mike al Madison e indudablemente el asesino la vio en su compañía. Usted puede convertirse en el principal testigo contra él, caso de que fuese prendido.

Lauren se estremeció, y yo le cogí una mano y se la apreté suavemente:

—No quiero obligarla a hacer algo contra su voluntad. Debe decidir usted, Lauren.

Nos miramos fijamente durante un rato y, por fin, ella meneó la cabeza, en sentido afirmativo.

—Tengo confianza en usted, señor Cane.

—Larry para usted.

—De acuerdo, Larry. ¿Qué hotel aconseja?

—Yo la acompañaré. Será mejor que nos marchemos ya. He de trabajar a fondo.

Aboné el importe de la consumición y salimos del establecimiento. La llevé en mi coche al Palmeira, un hotel de segunda categoría que alquilaba apartamentos y se hallaba ubicado en el cruce de la calle Sesenta y Ocho con la Setenta y Uno, cerca de donde yo tenía instalada mi oficina. El gerente era amigo mío. Se llamaba Paul.

No más entramos en el hotel, Paul observó de pies a cabeza a Lauren y luego me miró a mí, dándome la enhorabuena en un gesto mudo. No era lo que él pensaba, pero para el caso daba lo mismo. Yo rellené la hoja haciéndolo a nombre de Beatrice Thor, tal como habíamos acordado Lauren y yo antes de saltar del coche. Ella firmó y Paul, con medio cigarrillo apagado en la comisura de los labios, me dio la llave correspondiente al apartamento número 32. Subí con la muchacha y una vez nos encontramos a solas en la habitación, ella dijo:

—No tengo más que lo puesto, Larry. ¿No le parece que vaya a casa por un poco de ropa?

—Ni lo piense, muchacha. Pedelty habrá dejado allí al policía de turno. Pero no se preocupe por eso. Antes de hacer un par de cosas,

me meteré en un almacén e invertiré un poco de dinero en su ajuar. Ordenaré que se lo traigan. Yo me dejaré caer por aquí sobre las nueve más o menos.

—Conforme, Larry. Lo estaré esperando.

Me sonrió y lo hizo bien. Yo le sugerí:

—Sólo falta que me dé la dirección de Walter Mills.

—Vive en el 297 de la calle Ciento Dos. Es el segundo piso, a la derecha.

Me dirigí hacia la puerta y ella vino tras de mí.

—Hasta luego, Lauren —dije, volviéndome.

Me miró con mucha dulzura, mientras advertía:

—Tenga cuidado, Larry. Me consideraré responsable si le pasase algo a usted.

Esbocé una sonrisa, replicándole:

—Quizá el asesino no sepa que soy tan duro como él. Pero le prometo que lo sabrá.

Se quedó inmóvil mirándome, con los labios ligeramente entreabiertos, y yo la encontré tan sugestiva que fue la cosa más fácil del mundo inclinarme y besarla suavemente en la boca. Luego abrí la puerta, y ya en el corredor, cuando iba a cerrar, comprobé que Lauren continuaba en el mismo sitio sin moverse.

# CAPÍTULO V

Me abrió la puerta un hombre rechoncho de talla mediana que frisaría en los cuarenta años de edad. Tenía el cabello castaño, veteado de gris, y enarcó las cejas sobre sus ojos oblicuos observándome con un punto de interrogación. Estaba en camiseta y tenía una botella de cerveza en la mano. Sus pantalones le colgaban un poco, haciendo resaltar la prominencia de su abdomen.

—¿Es usted Walter Mills? —pregunté.

—Sí —me respondió.

Me colé en el apartamento y él se volvió sin cerrar la puerta, exclamando:

—¡Eh, oiga! ¿Dónde aprendió urbanidad?

Dirigí una mirada especulativa a la estancia donde todo se hallaba manga por hombro, en completo desorden. Una cama deshecha, un armario entreabierto, una mesilla de noche con un cajón sin cerrar, y ropa, mucha ropa, por todas partes, en las sillas, a los pies de la cama, en el suelo…

Me volví hacia Mills, contestando:

—No tuve tiempo para esas cosas. Aprendí a leer un poco tarde.

Me miró agresivamente, rezongando.

—No me gusta usted ni tampoco sus maneras. ¿Es que quiere ganársela en grande?

Me resultó divertida la pregunta de aquel saco de patatas. Pero yo quería conseguir algo antes por las buenas y le comuniqué:

—Telefoneé hace un rato a la Compañía Anderson inquiriendo por usted y me dijeron que se había dado de baja esta mañana alegando estar enfermo del estómago.

Hubo un silencio mientras él me examinaba con más atención. Se decidió a cerrar la puerta y yo miré hacia un rincón donde había

cuatro botellas de cerveza vacías.

—¿De modo que es usted el médico? —murmuró.

Yo no le contesté ni que sí ni que no. Lo que dije fue:

—Todavía no conozco a nadie que trate de curar su estómago bebiendo unos cuantos litros de cerveza.

Me sonrió enseñándome un diente partido por la mitad y echó a andar hacia la silla, sobre cuyo respaldo tenía la chaqueta. Extrajo la cartera y de ésta cinco dólares que me alargó, mientras replicaba:

—Quizá con esto encuentre más apropiada la medicina que yo mismo me receto.

Cogí los billetes despreocupadamente, y, de pronto, se los tiré a la cara.

Mills se puso lívido. Los dólares revolotearon en el aire, antes de caer en el suelo.

—¿Qué le pasa a usted? —rezongó—. ¿Es que no tiene bastante por decir que, efectivamente, me encuentro mal?

—No, no tengo bastante.

Apretó los labios.

—Es sólo media jornada lo que he perdido y mañana estaré en la fábrica a la hora de entrada.

—¿Cuál es la razón, Mills?

Frunció el ceño, entrecerrando los ojillos, y me preguntó, a su vez:

—¿A qué se refiere?

—Usted lo sabe bien. ¿Por qué ha simulado encontrarse enfermo?

—No tenía ganas de trabajar hoy.

—No sea estúpido, Mills.

Sus ojos centellearon y dio un paso hacia mí apuntándome con el dedo índice de la mano izquierda.

—¡El que sea usted médico de la empresa no le da ningún derecho para insultarme!

—No soy médico de ninguna empresa, hermano. Sólo soy un detective privado.

Su rostro reflejó primero sorpresa y luego fue cambiando su gesto por otro de rabia mal contenida.

—¡Maldito polizonte! —exclamó—. ¡Pero vas a salir de aquí ahora mismo o seré yo quien te eche a patadas!

—Venga, empiece.

Era lógica su bravata. Yo sólo mido uno setenta y cinco de estatura y peso unos setenta y dos kilos. Soy más bien delgado, impresión que se acentúa porque mis pómulos son bastante salientes y mis mejillas un poco hundidas. Muchos antes que Mills han pensado que podían tumbarme de un soplamocos.

Walter ni siquiera se molestó en desprenderse de la botella de cerveza que tenía en la mano derecha. Pensó que con un izquierdazo tendría bastante. Cuando vi el puño que se me venía encima, justo hacia la mitad de mi cara, me doblé ligeramente, eludiéndolo, y le solté un terrible trallazo al estómago.

Soltó un gemido y se dobló. Inmediatamente le golpeé con el dorso de la mano en la nuca y antes de que cayese le quité la botella, evitando que ésta se hiciese añicos.

El piso se estremeció y Walter quedó inerte, irremisiblemente fuera de combate.

Me senté al borde de la cama y bebí un trago de cerveza. Tuve que arrojarla en seguida porque estaba hecha caldo. La cabeza de Mills había quedado cerca de mis pies y le vacié todo el contenido de la botella encima. Aquello le ayudó a volver en sí. Empezó a parpadear, y, finalmente, abrió los ojos y comenzó a levantarse dando un quejido. Al quedar en pie, me miró, odiándome con todas sus fuerzas.

—¡Le voy a hacer pagar esto! —me amenazó.

—Escuche, Walter, no tengo ningún inconveniente en pegarle una paliza cada cinco minutos, pero al cabo de una hora usted va a estar para ir al hospital y yo no habré conseguido el objeto que me ha traído aquí.

Eran unas palabras sensatas y me lo demostró el hecho de que él, tras unos instantes de vacilación, preguntase:

—¿Para qué ha venido a verme?

—Quiero que me hable del torsímetro de Vincent Jeffries. ¿No le parece un buen tema de conversación?

—No sé una palabra de eso.

—Contésteme otra vez así y reanudaremos la sesión. Métase esto en la cabeza, Mills. No me gusta que me tomen el pelo. Nosotros hablamos el mismo idioma y, por lo tanto, quiero respuestas concretas. ¿Por qué dio el soplo usted a Lionel Zukor sobre el

invento de Jeffries?

—Creí hacer un favor a Vincent —me contestó—. El señor Zukor me distinguía con su amistad y pensé que me agradecería le proporcionase la oportunidad de financiar el torsímetro. Al fin y al cabo, la Compañía Anderson es una de las más importantes de las que se dedican a cortar metales. Ellos saben bien a lo que se elevan las pérdidas por culpa de las vibraciones.

—¿Y qué le dijo Zukor cuando se lo comunicó?

—Dijo que no le interesaba, que ya tenían montado un laboratorio con personal especializado que estaba estudiando a fondo el problema. Precisamente, de un momento a otro, iban a revolver de una vez para siempre el problema del desgaste de las máquinas cortadoras. Zukor dijo que todo consistía en montar la máquina sobre un amortiguador. Yo opuse entonces lo que le había oído decir a Vincent. Que bastaba una oscilación de una diezmillonésima de milímetro para que, a la larga, una máquina fuese haciendo cada vez más tosco su trabajo con el consiguiente desgaste para ella. Pero no logré convencerle.

Me levanté y di unos pasos por la habitación.

—¿A quién más se lo comunicó, Walter?

—A nadie más.

—¿Espera que me lo crea? —objeté, deteniéndome vuelto hacia él.

—¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Existe una estupenda razón para ello. Por dinero.

—¡No debe decir eso! Vincent Jeffries es mi amigo.

—Pero los billetes de a mil son muy buenos y usted sabe que si Jeffries llegaba dar cima a su invento, ese aparato valdría su peso en uranio.

—Sería absurdo que yo hubiese traicionado a Jeffries. Me había prometido un importante puesto en la empresa que se constituyese para la fabricación de su aparato.

—Pero la ambición ciega a los hombres y eso fue lo que le pasó a usted. Prefirió ganarlo todo de una vez. —Hice una pausa y luego añadí, golpeando en caliente—: Falló usted el golpe con Zukor y por ello se le ocurrió lo de Donald Fresh.

—¡Presenté Jeffries a Fresh con la mejor buena fe del mundo! ¡No tengo culpa de que a Fresh no le interesase!

Empecé a reírme porque la cosa valía la pena.

—¿De veras, Mills? ¿No le parece a usted absurdo que todo el mundo rechace algo que puede tener tanta importancia en el orden industrial y económico? Considero inverosímil que una persona relacionada con el corte del metal y un agente de patente y marcas rechacen algo tan importante para sus respectivas profesiones como lo que había inventado Vincent Jeffries. Lo lógico es que picasen los dos, es decir, que tanto Lionel Zukor como Donald Fresh aceptasen la idea de su amigo Vincent. Sin embargo, Zukor rechazó la oferta que usted le hizo basándola en un hipotético hallazgo de sus técnicos, y en cuanto a Donald Fresh, tras someter los planos de Jeffries a un peritaje, dio una respuesta también negativa.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho Jeffries?

—¿Qué importa quién me lo haya dicho? Lo cierto es que ocurrió así.

—Al fin y al cabo, Zukor creía que el personal de su laboratorio estaba en el buen camino y que lo de Vincent era una aventura. En lo que respecta a Fresh, no puede usted darse una idea del montón de inventos que le ofrecen al cabo del año y que se ve obligado a rechazar. Ha podido ser un despiste suyo, pero indudablemente se negó a financiar el torsímetro porque sus técnicos no vieron exactamente sus posibilidades.

—No encuentra nada sospechoso, ¿eh? Sin embargo, yo encuentro sospechosas muchas cosas. La actitud de usted, la de Zukor, la de Fresh.

—Ya le he explicado lo mío. ¿Por qué no ha de creerme?

—En primer lugar, todavía no se le ha ocurrido preguntarme qué pinto yo en todo esto.

—He dado por supuesto que Jeffries lo ha contratado a usted para que encuentre al ladrón que le robó el torsímetro y los planos.

—El fulano que hizo eso ha dejado de ser un ladrón y se ha convertido en un asesino.

Miré fijamente a mi interlocutor, y él echó el torso hacia delante, inquiriendo:

—¿De qué está hablando, señor Cane?

—Me empieza a cansar, Mills. Vincent Jeffries pudo confiar en usted hasta el punto de hacerle partícipe de su secreto, pero yo he aprendido a no tener fe en ninguno de mis semejantes. Tendrá que

demostrarme que no está contaminado de esta basura. Yo no soy el detective que Jeffries contrató y usted lo sabe. El otro era un amigo mío, Mike Bettger, y fue asesinado anoche. ¿Qué sabe de ello?

Mills enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Por qué tenía que saber yo algo al respecto?

—Está bien, le voy a contar una historia. Corríjame si me equivoco. —Hice una pausa y luego proseguí—: Usted, Mills, estaba en combinación con Donald Fresh. Usted sí que previo las posibilidades del invento de su amigo Jeffries y no quiso perder su oportunidad. Es posible que intentase primero convencer a Zukor, pero no encontró el apoyo que esperaba. Entonces pensó en Fresh y con él llegó a un acuerdo total porque también vislumbró un buen negocio. Llevó a Jeffries a su oficina y lo convenció para que dejase los planos del torsímetro para un supuesto examen técnico. Naturalmente, Vincent tomó un mínimo de precauciones reservándose el dibujo del sincronizador. Luego usted sólo tenía que esperar un buen momento para hacerse con el modelo que guardaba su amigo y los planos que faltaban. Transcurrieron algunos días y usted estaba nervioso porque ese momento no había llegado. Mientras tanto, Jeffries se extrañó de que Fresh no le llamase para comunicarle una respuesta en un sentido o en otro, pero al fin usted se enteró de que Jeffries y su sobrina habían abandonado el piso para irse al cine. Probablemente había conseguido una llave sacando un molde de cera. Así pudo abrir el piso, colarse dentro y llevarse consigo el torsímetro y los planos del sincronizador.

—¡Está usted delirando! —exclamó Walter, poseído de gran indignación.

—Déjeme que le diga algo más y tendrá el relato completo. La sobrina de Jeffries buscó al detective privado que había encontrado en el armario de su tío los objetos substraídos a la Compañía Anderson y de esa forma mi amigo Mike Bettger se vio metido en el lío. Empezó a investigar y debió llegar a la misma conclusión que yo. Que usted y Fresh querían comerse solitos el pastel de manzana. Ya lo tenían en su poder, a punto de clavarle el diente. ¿Por qué habían de echar marcha atrás? Valía la pena matar si era preciso. Mike fue bastante ingenuo. Se enteró de que uno de los dos, usted o Fresh, iba a ir al Madison Square Garden y él pensó llevarse consigo a Lauren Corday para presentarle al ladrón. Pero ustedes no le

permitieron esa oportunidad. Lo tenían sentenciado a muerte y lo sacaron del Madison con cualquier excusa. Luego, lo liquidaron.

Yo sabía que había un sinfín de cosas obscuras en mi historia. ¿Por qué demonios Mike había vuelto a su casa a cambiarse de ropa? Ése era uno de los misterios que me tenía completamente confuso. Existía una contradicción entre el hecho de que a Mike lo hubiesen sacado del Madison para matarlo y luego lo hubiesen dejado ir a su casa para ponerse otro traje. No, eso no tenía pies ni cabeza. Pero yo necesitaba atacar a Mills y aquélla me parecía la mejor forma de hacerlo.

Ahora su rostro se endureció inquisitivamente.

—¿De dónde ha sacado que yo fui al Madison anoche, señor Cane?

—Ya le he dicho que fue usted o Fresh. No me importa quién, puesto que ustedes han hecho juntos este negocio.

—Yo le puedo responder de mí. Estuve dando vueltas por ahí, pensando. En cuanto a Fresh, me importa un rábano dónde se hallase.

—¿Qué es lo que necesitaba pensar, Mils?

—Siento una gran admiración por Jeffries y cuando me enteré que había sido víctima de ese robo, me impresioné mucho. Su invento era el esfuerzo de toda su vida y me invadió una rabia enorme al pensar que otra persona se pudiese beneficiar a su costa.

Yo no había ido allí para escuchar a Mills, sino para exprimirlo como un limón al objeto de saber hasta dónde llegaba su relación con el asunto.

—Tiene una bonita forma de sacudirse las pulgas de encima. Pero conmigo no cuela.

—¿Por qué infiernos se obstina en que soy su hombre?

—Lo comprenderá en seguida. Hasta ahora no le he dicho lo más importante. Han intentado asesinar esta tarde a Vincent Jeffries.

—¿Qué dice?

Observaba atentamente su rostro y vi el estupor reflejado en él. Pareció natural, pero yo estoy curado de espanto y sé hasta qué límites insospechados puede llegar un hombre para parecer inocente.

—Sí, Mills, le sorprendieron en su piso y le obligaron a tomarse unas cuantas píldoras somníferas. Luego completaron el trabajo

metiéndole bajo el colchón la pistola calibre 45 con la que asesinaron a Mike Bettger. ¿Se da cuenta? El asesino lo planeó todo muy bien. Se cargó a Mike Bettger y luego pretendió cubrirse liquidando a Jeffries. Así parecería que éste mató a Mike para vengarse, puesto que mi amigo fue quien descubrió el robo de la Anderson. Tan fácil como cortar mantequilla. Y puedo asegurarle que la policía se lo ha tragado. Están convencidos de que Jeffries ha intentado suicidarse para escapar a la silla eléctrica. Y ahora entra en juego usted nuevamente. ¿Qué quiere que piense si usted abandona la fábrica simulando un dolor de estómago?

—¡Maldita sea! —rezongó—. Ahora comprendo por qué sospecha de mí. Pero le aseguro que todo es casual. Desde que Jeffries fue despedido y Fresh le comunicó que no le interesaba su invento, he ido poniéndome cada vez más nervioso. En cierto modo, me consideraba culpable de que a Vincent le hubiesen robado el torsímetro, ya que yo he intervenido en todo de manera directa, comunicándoselo primero a Zukor y presentándole luego a Fresh. Comprendo que los hechos parecen señalarme a mí de una forma que no ofrece duda, pero le aseguro que soy víctima de las circunstancias. No tengo nada que ver con este condenado embrollo. ¡Se lo juro, señor Cane!

No podía demostrarle que mentía y decidí que lo mejor que podía hacer era marcharme. Me dirigí hacia la puerta, y con la mano en el pomo, volví la cabeza, diciendo:

—Entiéndalo bien, Mills. Será mejor que no trate de huir.

—¿Quién le dice que voy a huir? —rezongó él.

—Sólo le hago una advertencia. No crea que me ha convencido. Usted está metido dentro de la olla. Quizá haya dicho la verdad o quizá haya mentido. Eso es cuestión suya. Pero tenga la seguridad de que muy pronto quedará establecida su responsabilidad. Entretanto, procure no hablar con nadie de todo esto y haga su vida ordinaria.

—De acuerdo, señor Cane.

—Deme ahora la dirección de Donald Fresh.

—Tiene el despacho montado en el número 196 de la Séptima Avenida, segunda planta, apartamento número 52. Es posible que todavía lo coja allí. Acostumbra permanecer en su despacho una hora después del cierre.

Me despedí definitivamente y abandoné aquella casa.

Cuando salí a la calle me detuve un momento para encender un cigarrillo y al arrojar el fósforo apagado dirigí una mirada a derecha e izquierda. Un hombre que leía un periódico junto a una farola hundió la cabeza tras el papel.

Eché a andar hacia el coche, me puse al volante y di la vuelta a la llave de contacto. Cuando el vehículo empezaba a correr, miré por el espejo retrovisor. El tipo del diario se metió en un coche negro que había un poco más arriba. Iba a empezar una caza y alguien quería que yo fuese la pieza a cobrar. Pero no podía conformarme con aquel reparto de papeles. Prefería ser el cazador.

# CAPÍTULO VI

Cuando aparqué cerca del lugar en que Donald Fresh tenía su oficina, vi que el coche negro que me seguía pasaba de largo. No me detuve para ver si bajaba el tipo del periódico porque no quería dar a entender que sabía lo que se traía entre manos, sino que me puse a andar y poco después penetraba en el 190 de la calle.

Había preferido no telefonear y esperé tener suerte y encontrarlo en su despacho.

Pulsé el zumbador de la puerta sobre la que campeaba una placa en la que se leía:

«Donald Fresh — Patentes y Marcas»

Al poco rato de espera, abrió un individuo rechoncho, mofletudo, de ojos pequeños como guisantes, de un color azulado. Era corto de brazos y sus piernas se arqueaban en forma de paréntesis. Se cubría con un traje color gris y corbata explosiva de un color rojo sangre con estrellas amarillas.

—Deseo ver al señor Fresh —le dije.

Me observó de arriba abajo, y luego repuso:

—Yo soy el señor Fresh, pero me temo que no podré recibirle. Me disponía a salir. Ya hace una hora que se fueron todos los empleados.

—Bueno, da lo mismo —le dije, encogiéndome de hombros—. Después de todo, sólo quería hablarle del torsímetro de Vincent Jeffries. Pero, claro está, eso puede esperar. Ya volveré mañana.

Parpadeó un par de veces, hizo una mueca y más tarde, preguntó:

—¿Quién es usted?
—Larry Cane, un detective privado.
—¡Oh! ¿A cuántos de ustedes ha contratado Jeffries para dar con su invento? El otro día estuvo aquí un colega suyo.
—Sí, pero ya debe saber que ese colega mío no podrá hacerle ninguna visita más.
—Lo he leído en los periódicos esta mañana. Un caso de verdadera mala suerte para él. Ese invento de Jeffries no sirve para nada.
—¿Por qué tiene esa seguridad de que Jeffries ha perdido su tiempo?
—Tengo mi personal especializado, señor Cane. Se asombraría usted si yo le hiciese una relación de los sujetos que al cabo de una jomada pasan por mi despacho. Todos creen haber inventado la piedra filosofal. Desde el tipo que me presenta los planos de una máquina para dormir más aprisa, hasta el que me muestra una pistolita capaz de disparar rayos atómicos.
—¿Y cree que el invento de Jeffries es una de esas locuras?
—No. El objetivo que perseguía Jeffries era bueno, pero su aparato no resuelve el problema. ¿Está usted al corriente?
—Sí.
—Pues lo comprenderá en seguida. El torsímetro de Jeffries sólo sirve para corregir las deficiencias de las máquinas cortadoras, o sea, es un simple medidor de oscilaciones. Por lo tanto, el problema sigue en pie, puesto que las máquinas seguirán vibrando. Lo que dará dinero en este asunto, será una amortiguadora adecuada.
Aquel punto de vista era exactamente el que mantenía Zukor, y, de pronto, empezó a resquebrajarse en mí la confianza que tenía de hallarme en el buen camino. Lo que me decía Fresh parecía la cosa más sensata del mundo.
Carraspeé frotándome la barbilla y después lancé mi pregunta:
—¿Se lo dijo así a Mike Bettger?
—Exactamente, señor Cane. E igualmente le dije que mis técnicos no necesitaron ver el sincronizador que Jeffries se había quedado para dictaminar sobre las inconveniencias de gastar dinero en grande con ese aparato. Existe una razón lógica para ello. Suponga que se constituye una sociedad para explotar industrialmente el torsímetro. Naturalmente, habría de realizarse

una gran inversión de capital. Y suponga también que cuando todo está en marcha, surge en el mercado ese invento que se espera para evitar las vibraciones. Entonces, el tinglado se vendría abajo porque el negocio sería el de los amortiguadores. Actualmente existen los oscilómetros y aunque desde luego no son tan perfectos como el torsímetro de Jeffries, es evidente que cumplen su cometido. —Hizo una pausa y sonrió—: No, señor Cane. Comprendo la intención que guió al señor Bettger el venir aquí y comprendo también la suya. Pero puede estar seguro que a mí profesionalmente no me importa en absoluto el invento de su cliente. Si me hubiese interesado, no habría vacilado en asociarme con él para su explotación. ¿Para qué tenía necesidad de robárselo si siendo socio suyo, me hubiesen correspondido buenos beneficios?

Meneé la cabeza en sentido afirmativo y dije:

—Gracias, señor Fresh.

—De nada, amigo. Me tiene a su disposición.

Cambiamos un apretón, y cuando un instante después bajaba yo en el ascensor, no hacía más que lanzar imprecaciones para mis adentros. Habían bastado un par de minutos para destruir todo mi trabajo de aquel día. El edificio que yo había ido levantando paso a paso, estaba convertido en ruinas. Me metí en el coche y lo puse en marcha maldiciendo los torsímetros, los oscilómetros y las máquinas cortadoras de metales.

Vi por el espejo retrovisor que el coche negro me seguía. Aquello acabó por ponerme de mal humor. Detuve el coche donde pude y salté metiéndome en el primer bar que encontré en el camino. Pedí un vaso de *whisky* en el mostrador y mientras lo servían, me encerré en la cabina telefónica. Llamé a la Brigada de Homicidios y pregunté por el capitán Pedelty. Al poco, oí la voz de éste.

—¿Cómo le va, cerebro? —me saludó—. ¿Acaba ya de jugar a policías y ladrones?

—Está bien, suélteme todo su repertorio de chistes y luego dígame qué es lo que ha dicho Jeffries al recobrar el conocimiento.

—¿Espera que se lo diga? Después de todo, es usted como un chiquillo.

—¿Qué hay de malo en ello? ¿O es que no le salen las cosas como usted esperaba?

—Todo está en perfecto orden y ya puede irse usted a descansar.

—¿Sí? ¿Y por qué ha enviado entonces tras mis pasos a uno de sus inefables muchachos?

No lo vi, pero debió dar un respingo. Tras una larga pausa, contestó:

—Lo vi a usted demasiado nervioso y pensé que, llevado por su deseo de arrebato a su manera, podría crear complicaciones donde no las hay.

—Quisiera ver a Jeffries, Pedelty —le disparé.

Soltó una risita que me puso nervioso.

—No, Larry. Usted no puede hacer eso.

—¿Es que se guarda para usted la exclusiva?

—No es culpa mía. El doctor ha dicho que no puede hablar con nadie.

—Excepto con usted, claro. —Miré por los cristales de la puerta y vi que en aquel momento entraba en el local el hombre que me seguía—: ¡Eh, Pedelty! Acaba de entrar su hombre. ¿Quiere hablar con él?

—No tengo ningún interés. Ya me dará el parte en el momento oportuno. Gracias de todas formas por el detalle.

—Escuche, capitán. Tendré paciencia con su agente, pero si intenta dormir en mi compañía, tenga por seguro que le haré la trepanación.

Empezó a decir algo fuerte, pero yo corté la comunicación y disqué el número de mi despacho. Cuando oí que descolgaban al otro lado, pregunté:

—¿Cómo está, Mara?

—¡Jefe, por fin da señales de vida! Me ha tenido nerviosa toda la tarde.

—¿Ha ocurrido algo en mi ausencia?

—Se dejó caer por aquí el capitán Pedelty. No hace aún una hora.

—¿Sí? ¿Qué quería?

—Preguntó dónde estaba usted y a qué se dedicaba. Yo le dije que lo habían encargado de buscar la dentadura postiza que había perdido el magnate del petróleo.

—Buena muchacha.

—Le vi las intenciones de machacarme, pero hubo de conformarse con la respuesta. Luego pretendió sonsacarme acerca

de sus antiguas relaciones con Mike. Fue más de lo que podía resistir. ¿Cómo puede sospechar de usted? ¡Ése…!

—Vamos, serénese —le repliqué, sonriente—. Después de todo, él ha de sospechar de todo el mundo. Es su deber y para eso le pagan.

—Pero usted se ha metido en esto desinteresadamente y me da rabia que no se tenga esto en cuenta.

—Está bien, Mara. Ya ha hecho bastante por hoy. Venga aquí a repostar.

A continuación le di la dirección del bar en que me encontraba y le dije que se diese prisa. Salí de la cabina e hice una_ señal a un camarero para que me llevase el *whisky* del mostrador a una mesa. Me senté y tomé un trago.

El fulano que me espiaba seguía leyendo en un extremo de la barra. Debía de estar aprendiendo de memoria la cotización de la bolsa.

Poco después llegó Mara y yo levanté el brazo para que me viese más pronto. Vino hacia mí, esbelta, sonriente, brillándole los ojos de vivacidad. Se sentó a mi lado y pedí un «Martini» para ella.

—No hace falta que me explique nada, jefe —declaró—. Parece que acaba de llegar de un velatorio. ¿Tan mal le ha ido por ahí?

—Peor que eso —le contesté sacando el paquete de cigarrillos—. En mi vida me he tropezado con un asunto más condenadamente embrollado que éste.

—Confíele todo a la abuelita.

La puse al corriente de todas mis andanzas, y tras el relato, ella opinó:

—A usted lo que le trae de cabeza es el hecho de que Mike volviese a casa a cambiarse de ropa.

—Hay bastantes puntos oscuros, pero ése es uno de ellos. ¿Por qué hizo eso Mike?

—Póngase en su lugar y tal vez encuentre la respuesta. De acuerdo con lo que le ha contado Lauren, él tenía ya el asunto resuelto cuando fueron al Madison Square Garden.

—Sí, pero de pronto la dejó plantada y se marchó, dejándola un aviso. Debió ir a casa a cambiarse de traje y después ya no sabemos lo que ocurrió.

Nos quedamos los dos pensativos, dándole vueltas en el magín al

asunto. De pronto, me pareció verlo todo claro y exclamé:

—¡Suponga, Mara, que Mike decidió suspender la representación del último cuadro hasta hoy! Regresó a su casa y de acuerdo con su costumbre, como Diana y los niños ya dormían, se encerró en su cuarto. Se desvistió, se puso el pijama y se acostó. Imagine ahora que el hombre que robó a Jeffries estaba al corriente de sus pasos. Decidió liquidarlo y lo llamó. Mike recibió el aviso, con toda seguridad una cita que sería una trampa, pero él no lo vio así, y se levantó. Era lógico llevase un traje azul en lugar de uno marrón, siendo tan avanzada la noche…

—¡Tuvo que ser así, jefe! Es la explicación más sencilla del mundo.

—¿Y quién le pudo tender una trampa? Tenía que ser una persona de la que él no pudiese desconfiar.

—¿Zukor?

—Le hubiese sido difícil justificar una llamada a tan altas horas de la noche.

—¿Walter Mills?

—Tampoco, porque debía ser uno de sus principales sospechosos.

—Donald Fresh, ya no queda otro.

—Sí, queda uno más.

—¿Quién?

—Shannon.

—¿George Shannon?

—El jefe de Mike.

—Pero según se desprende, de lo que usted ha dicho, Shannon no sabía nada del invento de Jeffries. Su relación con el caso es indirecta. Uno de sus clientes es la Compañía Anderson y él se limitó a enviar a Mike para que éste investigase sobre los robos que se cometían en la planta del corte de metales.

—He citado el nombre de Shannon porque nos habíamos referido a la persona que podía sacar de su casa a Mike sin despertar sus sospechas. Debemos admitir la posibilidad de que Shannon se hubiese enterado de algún modo de la existencia del torsímetro de Jeffries. Usted sabe tan bien como yo que se trata de un individuo de pocos prejuicios. Pudo ser puesto al corriente por Zukor o por el propio Mike. Creo que tendré que hacerle una visita

un poco más detenida.

—¿Y respecto a la acusación de que fue objeto Jeffries en la Anderson y que fue motivo de su despido? ¿Cree realmente que fue él?

—Es algo que tampoco tiene sentido. El valor de lo sustraído era de doscientos dólares. ¿Por qué diablos iba a hacer eso Jeffries? A todas estas complicaciones se une ahora la opinión de Donald Fresh acerca de la poca trascendencia industrial del torsímetro.

Mara dio un suspiro y dijo:

—Tengo hambre, jefe. ¿Qué le parece si me invita a cenar?

—¡Caramba, Mara! —exclamé—. Eso me recuerda que me está esperando una dama. Es Lauren. Le prometí que iría por ella.

La joven hizo un mohín de contrariedad.

—Era demasiado maravilloso para ser realidad —comentó.

—Se aflige sin motivo, Mara. Vendrá con nosotros.

Ella dio un suspiro y replicó, con voz resignada:

—No, jefe. Sé perfectamente mi obligación. No debo mezclarme en su trabajo. Ya me invitará otro día.

No insistí porque tenía razón. Nos levantamos y dejé sobre la mesa el importe de la consumición. Cuando salíamos por la puerta, observé que el lector nos miraba por el rabillo del ojo.

Nos despedimos en la calle, pero yo no me volví hasta que vi a Mara introducirse en un taxi. Poco después, subía en el ascensor del Palmeira y apretaba el timbre de la puerta correspondiente al apartamento de Lauren. Me abrió sonriente.

—Creí que se había olvidado de mí, Larry.

Se cubría con un batín verdoso que le había mandado en el paquete de ropa. Pasamos al *living*-room y ella dijo intencionadamente:

—Tiene buen gusto para escoger ropa femenina, Larry. Se ve que tiene experiencia al respecto.

No me ruboricé porque en mi vida lo he hecho. Vi una caja destapada sobre un sillón y dentro de ella, la deshabillé que también le había comprado.

La rubia captó mi mirada y comentó con una sonrisa:

—Corre usted demasiado, Larry.

La abarqué por la cintura y la atraje hacia mí.

Ella preguntó:

—¿Cómo se encuentra mi tío?

Aquello rompió el encanto y me separé de mala gana.

—El capitán Pedelty no ha querido soltar prenda —repuse.

—¿Y no ha intentado verle en el hospital?

—Hubiese perdido el tiempo. Su habitación debe estar bien guardada por la policía.

—¿Ha adelantado algo en sus investigaciones?

—He visto a Mills y a Donald Fresh, pero todo lo que me han dicho sólo ha contribuido a que mi cabeza me parezca una olla de grillos.

—¿No cree que a Zukor es a quien podía interesar más el invento de Jeffries, a pesar de su declaración respecto a que sus técnicos estaban tratando de resolver por su propia cuenta el problema?

—Me interesa más otra persona. El jefe de la Agencia de Detectives que envió a Mike a investigar sobre los robos en la planta donde trabajaba el tío de usted. Si consiguiese probar que él está al corriente de lo del torsímetro, sería mi sospechoso número uno.

—¿Cómo se llama?

—George Shannon.

—¡Shannon! —Lauren dilató los ojos—. ¡Santo cielo! El fue quien llamó hace dos días a casa, preguntando por Mike. Yo misma cogí el teléfono.

—¿Qué quería de él? —pregunté, interesado.

—Me dejó encargado solamente que cuando viese a Mike le dijese que había llamado Shannon. Luego colgó sin permitirme hacer nuevas preguntas. Yo estaba citada con Mike por la tarde en el bar de Canal Street y le di el recado. Entonces, él se despidió. Me anunció que ya se pondría en contacto conmigo y se marchó precipitadamente. No me llamó sino al día siguiente para citarme en el mismo bar.

—¿Le interrogó usted acerca de Shannon?

—No tuve oportunidad, porque en seguida me dijo que ya tenía aclarado el caso.

Empecé a dar vueltas por la habitación. La niebla que se había interpuesto hasta entonces ante mis ojos en aquel condenado asunto, se disipaba poco a poco. Cada objeto iba adquiriendo sus

contornos.

—¿En qué piensa, Larry? —inquirió, de súbito, Lauren.

—En las posibilidades de lo que acaba de decir. Pero dejémonos de problemas ahora. Recuerdo que le debo una invitación.

Ella sonrió.

—Preferiría cenar aquí. ¿Qué le parece si sale a comprar unas cuantas cosas?

—En un momento estoy aquí —dije, caminando resueltamente hacia la puerta.

Bajé las escaleras silbando y salí a la calle dirigiéndome al bar en donde me había encontrado con Mara. Compré unas cuantas latas de conserva. Perdiz en escabeche, jamón de york, ternera en su jugo, mostaza y mermelada. Veinte minutos después de haber salido del hotel, regresaba tarareando una canzoneta napolitana. Subí en el ascensor y caminé por el pasillo pensando que después de un día de duro trabajo, me esperaba una buena compensación. Llamé como pude porque tenía las manos ocupadas y transcurrió un minuto sin que la rubia me abriese.

Bien, ya habían pasado tres minutos. Era un tiempo más que prudente. Volví a pulsar el timbre, pero la puerta permaneció tan fija como antes. Fruncí el ceño porque aquello empezaba a no ser de mi agrado. Presioné el codo sobre el pomo y empujé la puerta. Ésta se abrió y pasé al interior. Crucé el vestíbulo y al entrar en el *living*-room creí que la sangre se me helaba en las venas.

Lauren estaba tendida en el suelo boca abajo, inmóvil, como muerta.

# CAPÍTULO VII

Desocupé rápidamente las manos en un sillón y corrí hacia donde se hallaba Lauren. Le di la vuelta y no descubrí sobre su cuerpo ninguna herida visible. Di un suspiro de alivio cuando palpé con mis manos los latidos de su corazón. Entonces la levanté en brazos y la deposité en el diván.

Me enderecé sacando la pistola y aun cuando era evidente que la persona que había dejado sin conocimiento a Lauren no debía de hallarse ya allí, realicé un minucioso registro, por si acaso. En el dormitorio de la joven todo estaba en desorden. El fulano supondría que yo regresaría pronto y había hecho su trabajo a la ligera. Oí unos gemidos a mis espaldas y volví al *living*-room cuando Lauren recobraba el sentido. Se tocó la cabeza por la parte de la nuca y yo acudí a su lado.

—Creo que ha tenido suerte, Lauren. Se limitó a pegarle suavemente.

Levantó la mirada depositándola en mi rostro y replicó:

—Pues yo creía que había llegado mi última hora.

—¿Cómo fue, Lauren? —pregunté.

—No lo oí llegar sino cuando lo tuve encima, a mis espaldas. Yo estaba de pie cerrando las cajas que usted me había mandado, para llevarlas al dormitorio. Sonó un crujido detrás y empecé a volverme. Entonces me golpeó. No pude siquiera verle. Todos los objetos de la habitación empezaron a dar vueltas a mi alrededor y tuve la impresión de que el suelo se acercaba a mí.

Me quedé pensativo unos instantes y, de pronto, sonó el zumbador. Lauren y yo nos miramos.

—¿Quién cree que puede ser? —inquirió ella, un poco asustada.

Saqué la pistola de la funda y me la puse en el bolsillo de la

chaqueta, sin soltar la culata. Luego fui a abrir. Cuando tiré de la puerta, el capitán Pedelty estaba apoyado en el vano, sonriéndome.

—¿Qué tal, Larry? —me saludó. Y cuando vio mi mano metida en el bolsillo, añadió—: ¿Ha estado robando peras?

Empezó a andar, pasó junto a mí, cruzó el vestíbulo y entró en el *living*-room. Vio a Lauren y se detuvo. Yo para entonces ya estaba a su lado y me miró con un brillo malicioso en los ojos.

—¿No me presenta, Larry?

—Éste es el capitán Pedelty, Lauren.

El policía enarcó las cejas, observando a la joven.

—¿Lauren Corday? ¿La sobrina de Vincent Jeffries?

—Sí, capitán —afirmó ella.

Dan esbozó una sonrisa.

—Caramba, esto se llama tener suerte. La hemos estado buscando por toda la ciudad. —Me dirigió una fría mirada y preguntó, apretando los dientes—: ¿La convenció él para que se escondiese?

Fui a responder, pero me detuvo con un ademán.

Lauren se ahuecó el cabello y contestó:

—¡Oh, no, capitán! Vine aquí voluntariamente. Cuando supe lo que le había ocurrido a mi tío, tuve miedo.

—¿Miedo, señorita Corday? ¿De qué o de quién podía tenerlo?

—Del hombre que quiso matar a mi tío.

Pedelty se enfrentó conmigo.

—Esto es obra suya, Larry, y le aseguro que esta vez se lo voy a hacer pagar. Le dije que no se metiera en mi terreno y ya lo ha hecho.

Saqué el paquete de cigarrillos y cogí uno, mientras replicaba:

—Al parecer, olvida algo importante, capitán. Usted dio por terminado el asunto cuando se llevaron a Jeffries en la ambulancia. Me lo dijo claramente. Por tanto, con arreglo a esa declaración, que no dudo testimoniará ante cualquier tribunal, no me puede acusar de obstrucción a la justicia.

Era un buen argumento y él lo sabía. Por ello guardó silencio, incapaz de encontrar una réplica adecuada. Yo fui quien siguió preguntando.

—¿Ha logrado cazar al tipo que salió de aquí hace un rato, capitán?

—¿Qué tipo? —inquirió frunciendo los ojos.

—El que le dije que me seguía. Entró en el piso mientras yo iba a comprar unas cuantas cosas al bar. Atacó a Lauren por la espalda, dejándola sin sentido.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Eche una ojeada a esta habitación y al dormitorio y se dará cuenta.

Pedelty se quedó un instante vacilando, y, finalmente, fue al dormitorio de donde regresó al poco rato.

—Usted dijo que era uno de mis muchachos —arguyó.

—Sabía que no lo era. Se lo indiqué para que usted le echase mano. Pero, al parecer, decidió que yo era mejor presa.

Pedelty se puso lívido.

—¿Qué es lo que buscaba? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—No tengo la menor idea.

Volvió bruscamente la cabeza hacia Lauren.

—¿Y usted, señorita Corday? ¿Tampoco lo sabe?

La joven enarcó las cejas con cierta expresión de perplejidad.

—Supongo que el hombre en cuestión habrá creído que yo guardaba el torsímetro de mi tío.

—¡Oh, no! —gimió Pedelty, cogiéndose la cabeza con las manos —. No me vuelva a hablar de ese condenado torsímetro. Ya tengo bastante con el rollo que me ha soltado su tío.

Carraspeó fuerte y pregunté:

—¿De modo que ha estado interrogando a Jeffries?

—Sí —rezongó Pedelty, abriéndose la chaqueta como si sintiese repentino calor—. Y me ha colocado una historia absurda de cierto aparato que sirve para recoger las vibraciones de las máquinas cortadoras de metales.

—¿No lo ha creído?

—Claro que no —respondió, en tono irónico—. ¿Cree que salgo ahora de la escuela de párvulos?

—A veces tengo mis dudas, capitán.

El rostro de Pedelty se congestionó y yo creí más conveniente proseguir hablando antes de que estallase.

—Créalo o no, el señor Jeffries inventó el aparato que dice. Todo este caso está girando alrededor del torsímetro, y quiero

demostrarle que siempre he querido colaborar con la policía.

—Es el cuento más burdo de cuantos le he leído a usted, Larry.

—Se lo demostraré, poniéndole al corriente de todo —contesté. Y tras una pausa, empecé a contar—: Jeffries, después de varios años de experimentos, dio al fin con su torsímetro. Creyó que tal descubrimiento sería para él como poseer medio centenar de pozos petrolíferos en Texas y llamó a su sobrina a su lado para participar del festín. Carecía de dinero para financiar la explotación de su invento y aquí intervino un tal Walter Mills, compañero de trabajo de Jeffries en la compañía Anderson. Mills habló por su cuenta con el director de la empresa, Lionel Zukor, para interesarle en el torsímetro, pero Zukor se mostró escéptico respecto a su valor industrial y rechazó la oferta, justificando su actitud en que el personal especializado de la casa estaba a punto de resolver el problema de las máquinas cortadoras de metales. Entonces Mills apuntó la escopeta hacia otro lado. El conocía a un agente de patentes y marcas llamado Donald Fresh que financiaba inventos susceptibles de un rendimiento económico. Mills y Jeffries se presentaron a Fresh y éste se quedó con las planos del invento para someterlos al examen de sus técnicos. Vincent sólo dejó de entregar el del sincronizador hasta que el dictamen fuese favorable. El informe se demoraba y Jeffries llamó a Fresh dándole prisa. Éste le prometió su inmediata respuesta. Ese mismo día, sábado, Vincent y su sobrina se fueron al cine, a la sesión de la noche. Cuando volvieron a casa, se encontraron con que el torsímetro y los planos del sincronizador habían sido robados. Al día siguiente, Jeffries fue a casa de Mills, a quien contó lo que ocurría.

»El lunes, ambos se dirigieron a ver a Fresh, el cual les dijo que no sabía nada del robo y que poco después de haberlo llamado el día anterior Jeffries, sus técnicos le habían presentado un informe desfavorable respecto al torsímetro. Devolvió los planos que había dejado en depósito Jeffries y éste y Mills se marcharon. Más tarde, cuando Jeffries trabajaba consternado en la planta de corte de metales de la Anderson, le avisaron para que acudiese al despacho de Lionel Zukor. Allí se encontró con una acusación de robo. Un detective privado al servicio de la agencia de George Shannon había descubierto en el armario de Jeffries unos cuantos objetos robados, cuya desaparición se había empezado a notar días antes, valorados

en doscientos dólares.

»Vincent no intentó defenderse. Accedió al despido y firmó el documento que le presentaron haciendo renuncia de todos sus derechos y reconociéndose autor del robo. Volvió a casa y allí contó todo a Lauren, la cual se indignó y fue a la fábrica para pedir a Mills se informase de la dirección del detective que había intervenido en aquel caso. Por la tarde recibió la llamada de Mills y ella se puso en contacto con la agencia de George Shannon. Habló con Mike y quedaron citados en un bar de Canal Street. Lauren consiguió que Mike la creyese y él aceptó el encargo de investigar sobre el robo del torsímetro. Cuando Mike telefoneó a Lauren ayer, le indicó que la esperaría en el mismo sitio. Una vez en el bar, Mike participó a Lauren que ya tenía resuelto el caso y que irían al Madison Square Garden en donde le descubriría al ladrón. Fueron a la velada de boxeo para la que Mike había comprado dos entradas de la fila octava. Durante el cómbate de semifondo, Mike se levantó excusándose ante Lauren y diciendo que volvería en seguida. Pero el tiempo transcurrió y cuando ya se estaban pegando los boxeadores del último match, un empleado se acercó a Lauren y le entregó una nota en la que Mike le decía que se marchaba a casa y que ya se pondría en contacto con ella. Naturalmente, ese contacto no llegó. Mike fue encontrado pocas horas después, asesinado en aquel callejón.

Terminé de hablar y apreté el cigarrillo sobre un cenicero.

Pedelty, que me había escuchado atentamente, entrecerró de nuevo los ojos y preguntóme:

—¿De dónde ha sacado eso, Larry?

—He hablado con todos los personajes del drama.

—De acuerdo con ello, usted cree que Mike fue asesinado por el tipo que robó a Jeffries.

—Es posible —convine.

—Y el mismo asesino intentó liquidar a Jeffries haciéndole tragar las píldoras somníferas para simular un suicidio. Luego terminó su puesta en escena introduciendo bajo el colchón la pistola calibre 45 que había servido para ultimar a Mike Bettger.

—¡Estupendo, capitán, le felicito!

Pedelty hinchó los pulmones y rugió:

—¡Todo eso no son más que fantasías, Larry!

—¿Es ésa la conclusión que saca después de haber oído a Jeffries?

—Todavía no he oído a Jeffries.

—¡Pero usted dijo antes…!

El capitán se puso a andar por la habitación como un oso enjaulado.

—No importa lo que dijese antes. Jeffries no ha recobrado el conocimiento. Sé todo lo relacionado con el torsímetro porque hace poco más de una hora, Walter Mills se presentó en la comisaría y me contó todo lo que sabía al respecto.

—Conque Mills le ha ido con el soplo, ¿eh?

Se detuvo y me señaló con el dedo índice.

—Usted logró atemorizarlo, ¿se da cuenta? Está coaccionando a los testigos.

—¿De qué testigos habla si lo ve todo tan claro, capitán? —pregunté irónicamente.

El policía apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Está a punto de agotar mi paciencia, Larry, y será mejor para usted que se largue de aquí cuanto antes.

—La señorita Corday me había invitado a cenar —objeté, señalando los paquetes con las latas de conserva que había dejado sobre un sillón.

—¡Hágalo en cualquier bar de por ahí! —chilló Pedelty—. Y procure que no me lo encuentre más en mi camino.

Cogí el sombrero y empecé a andar hacia la puerta. Lauren me siguió hasta el vestíbulo y allí me preguntó, en un susurro:

—¿Qué cree que va a pasar ahora, Larry?

—¡Oh! No se preocupe, el capitán es un buen policía y sabrá arreglar las cosas.

—Me inspira más confianza usted.

Me apretó suavemente el brazo y yo le pellizqué la barbilla en justa reciprocidad.

—Es usted una criatura encantadora, Lauren. ¿Cree que realmente voy a obedecer a Pedelty?

Sus ojos se iluminaron.

—¿Entonces piensa continuar, Larry?

—Ni una división acorazada conseguirá apartarme del camino

que me he trazado. Ya tendrá noticias mías, preciosa.

Me echó su largo brazo por el cuello y yo sólo tuvo que acudir al encuentro de sus labios.

Pedelty asomó entonces la cabeza por el *living*-room, rezongando:

—Ya está bien, Romeo. Lárguese si no quiere pasar el resto de la noche metido en una celda.

Era muy capaz de ello porque tenía medios para conseguirlo y salí del apartamento. Abajo me detuve ante Paul, el cual interrumpió su lectura.

—¿Cómo era el tipo, Paul? —le pregunté.

—¿Qué tipo? —inquirió, a su vez.

Saqué el paquete de cigarrillos y encendí sin darme mucha prisa. El encargado me miraba con sus ojillos de rata.

—¿Cuánto te dio, Paul? —Silabeé.

—No sé de qué me estás hablando.

Extendí rápidamente la mano y lo cogí del cuello de la camisa, tiré de él y le di la vuelta, apretándole la espalda contra el mostrador.

—¿Qué te pasa, Larry? —chilló.

—¡Escúchame bien, cabezota! ¡Cuando tú fregabas platos, yo me las tenía que ver a tiros con tipos peores que tú! ¡Ahora me vas a cantar claro o te arranco la piel!

—Está bien, Larry —rezongó, estremeciéndose—. Me dio diez dólares. Yo no creí que hubiese nada de malo en decirle el número del apartamento de la señorita.

—¿Cómo era?

—De unos treinta y cinco años, moreno, poco más o menos de tu estatura, bigote recortado y ojos negros. Traje muy oscuro.

—Supongo que salió ya, ¿verdad?

—Sí, al poco de subir tú con los paquetes.

Estaba claro. Era el que me había seguido. El eterno lector.

Dejé libre a Paul y él se enderezó resoplando. Yo di media vuelta y salí a la calle. De pronto, me detuve en la acera. Una pregunta martilleaba mis sienes.

¿Qué había ido a buscar mi perseguidor al apartamento de Lauren, siendo así que su jefe ya estaba en posesión del torsímetro y de los planos del sincronizador?

¡Era un condenado caso! A veces tenía la impresión de que iba a salir a flote, pero otras el cieno cedía bajo mis pies y empezaba a hundirme de nuevo.

Bien, me quedaba otra oportunidad. Quizá fuese la última.

Había encontrado en la chaqueta marrón de Mike, junto a las entradas del Madison, un papelito en el que se citaba el Canario. Podía ser un local nocturno, un simple bar, un hotel, un restaurante, una bolera, una oficina clandestina de apuestas. Sí, podía ser muchas cosas. Aquel nombre no me decía a mí nada, pero conocía un tipo que me podía sacar del apuro. El estaba al corriente de la doble vida de Nueva York. Era una verdadera enciclopedia en la materia. Yo lo había utilizado en otras ocasiones. Se llamaba Dirk Tamblyn y se arrastraba por tres o cuatro locales del Bronx.

Me metí en el coche y media hora más tarde penetraba en un sótano donde se podía cortar la atmósfera con un cuchillo. Fui de un lado para otro sin encontrar a Dirk. Pregunté a un mozo y me informó que lo había visto por allí una hora antes.

Fui a otro sitio. Una casa de juego camuflada bajo el nombre de una asociación cultural.

Di la contraseña al portero y me dejó entrar previo el depósito en la palma de la mano de un par de dólares.

Ahora tuve suerte. Tamblyn estaba jugando una partida de dados en una mesa.

Era un sujeto de nariz ganchuda, ojos hundidos y mentón puntiagudo. Una de esas caras que si un honrado padre de familia se la topa en la noche no la olvida jamás y entra a formar parte de sus pesadillas.

Tenía una buena cantidad de billetes a su lado. Le tocaba tirar a él y al verme me guiñó un ojo.

—Anda, sóplalos, Larry —me dijo.

—Ya sabes que tengo muy mala suerte —le contesté.

—Es igual. Hoy estoy de racha.

Soplé, y, claro, perdió. Su punto era siete y sacó un doce. El fulano que regentaba la mesa apartó de al lado de Dirk el montón de billetes.

También se quedó un rato como sonámbulo, y, finalmente, se alejó de la mesa.

Pensaba marcharse sin despedirse de mí, pero yo le intercepté el

camino.

—Ya te lo advertí, Dirk —le dije.

—No te preocupes por eso. Los había ganado fácilmente con un podenco que ganó la tercera de Jamaica.

—Así me duele menos. —Hice una pausa y añadí—: El caso es que te necesito.

—¿De quién se trata esta vez?

—No es ninguna persona, sino un lugar. Se llama el Canario.

Me miró frunciendo las cejas.

—¿El Canario? —Permaneció pensativo unos instantes con la mirada perdida, y, finalmente, sus ojos me miraron con intenso brillo—: Conozco un par de sitios que llevan ese nombre. Una tienda de aves en la Séptima y cierto local en donde no pueden entrar los polizontes como tú.

—¿Qué es?

—Una casa de Brooklyn donde se bebe, se baila y se exhiben las mejores coristas.

—Vamos a ir allí, Dirk.

—¡Oh, no! Eso sí que no —negó con la cabeza—. Ya sabes que siempre he hecho por ti lo que he podido. Pero esto que me pides es imposible.

—¿Por qué?

—Ya sabes cómo se llevan esta clase de negocios. Sólo aceptan a los nuevos clientes que van suficientemente respaldados.

—Bien, tú me presentarás a mí.

Me miró como si yo fuese Hoover, el del FBI.

—De ninguna manera, Larry. Conozco tus métodos y la forma que tienes de desenvolverte con esa gente. Soy aún joven y tengo mujer y tres hijos.

—Pues por ellos lo vas a hacer. —Tras una pausa, añadí con voz íntima—: La policía está ansiosa por saber quién fue el tipo que ayudó a Jimmy Locatelli a escapar cuando estaba rodeado. Y también sería interesante para ciertas personas el conocer quién hizo de mediador en aquel negocio de los *jeeps* que se vendieron como chatarra.

Tamblyn empezó a sudar.

—Y ya puestos a eso —machaqué yo—, no les vendría mal saber tampoco el nombre del tipo que guardó durante tres días aquel

botín en su casa.

—Tú sabes que yo hice aquello forzado —gimió Tamblyn—. Yo no soy una mala persona, Larry. Ni siquiera uso pistola. Jamás he hecho daño a ninguno de mis semejantes. Ya sabes cómo me llaman por ahí: Dirk el Bueno. ¡Hasta he prestado dinero!

—Sí, con un veinte por ciento de interés.

—Bueno, esto son los gastos de la operación. Lo importante es hacer un favor a quien está en un apuro.

—Yo lo estoy ahora y me lo vas a hacer a mí. Ya lo sabes. O me llevas a ese lugar de diversión… o lo otro.

Se humedeció los labios con la lengua y al ver en mis ojos una absoluta resolución, rezongó:

—De acuerdo, Larry. No sé lo que va a pasar esta noche, pero si estoy vivo mañana, empezaré a pensar que soy un tipo con suerte.

Lo cosí del brazo, sonriendo, y nos marchamos de allí.

# CAPÍTULO VIII

Dirk me señaló la luz que había a la izquierda de la calle por la que corríamos.

—Es allí —dijo—. Por lo que más quieras, cierra el pico y déjame hacer a mí todo el gasto.

Emití un gruñido de asentimiento. Pocos minutos después, penetrábamos en un garaje. Un hombre con un mono amarillo levantó la cabeza y yo frené. Luego vino hacia nosotros y Tamblyn se apresuró a asomar la cabeza por la ventanilla.

—¿Cómo va eso, Víctor?

El aludido se detuvo, observándome ceñudamente.

Dirk hizo todo lo posible para sonreír mientras decía:

—Éste es mi primo Tony, Víctor. Ha venido del Oste a pasar unos días conmigo. Se me ha ocurrido impresionarle un poco con algunas cosas. El se cree que aquí estamos todavía en pañales.

El otro siguió mirándome y yo de buena gana le hubiese aplastado su insolente nariz de un puñetazo. Al fin hizo un movimiento aprobatorio con la cabeza.

—Está bien, muchachos. Podéis pasar. Segundo ascensor.

Dirk me pegó con el codo en el brazo y me indicó que siguiese por el corredor de la izquierda. Puse en movimiento el coche y lo detuve en un elevador atendido por un hombre. Empezamos a subir y cuando no podíamos ser oídos por nadie, Dirk lanzó un suspiro y se abanicó la cara con el sombrero.

—¿Qué es lo que buscas aquí, Larry? —me preguntó—. ¿Alguna menor de edad que se escapó de su casa con el novio?

—No, nada de eso. ¿Leíste lo de Mike Bettger?

—¡Santo cielo! —gimió, haciendo un gallo—. ¿Es eso?

—Tengo mis razones para suponer que Mike vino aquí anoche y

lo sacaron con los pies por delante.

—¡No, Larry! ¡No puedes hacer una cosa así!

—¿Qué es lo que no puedo hacer?

—¡Es imposible, Larry! ¡Tienes que convencerte! En esta casa no te dirán nada sobre lo que tú quieres saber. Si ellos no lo han hecho, no pueden ayudarte, y si fueron quienes se cargaron a Mike… ¡ahora te expones a que nos liquiden a los dos!

—¿Quién es el jefe de este tugurio?

—Eso sí que no lo sé y la mayoría de los que trabajan aquí tampoco lo conocen. Es otra de las necesidades del negocio.

Guardamos silencio porque en aquel momento el ascensor se detuvo y abrióse automáticamente la puerta. Por el tiempo que había transcurrido de ascensión, calculé que debíamos haber subido de tres a cuatro pisos. Un tipo que llevaba un mono amarillo como el de abajo hizo una señal para que saliésemos y luego nos señaló un compartimento para dejar el coche. Cuando todo hubo quedado listo, Dirk me dijo que le siguiese y nos metimos en otro ascensor que manejaba un tipo joven con la cara llena de pecas.

—Al bar —indicó Dirk.

Bajamos un piso y salimos. Cruzamos un pequeño vestíbulo con un guardarropa a la derecha y pasamos a una gran sala con capacidad para no menos de cincuenta mesas, de las cuales solamente la mitad se hallaban ocupadas. Me dio la impresión de que el público era bastante selecto, cosa después de todo lógica si se tiene en cuenta que esta clase de locales resultan siempre muy caros.

Dirk saludó a dos fulanos que debían pertenecer al personal de la casa. Tomamos posesión de una mesa y cuando se acercó un mozo de pelo planchado, pedimos sendos *whiskys*.

No interrumpimos el silencio hasta tener delante de nosotros los vasos. Dirk bebió un trago y preguntó:

—¿Por dónde vas a empezar, Larry?

—Esperaremos un rato para dejarles la iniciativa a ellos.

—¿Y si no pasa nada?

—Entonces cogeremos la sartén por el mango.

Puso una cara compungida y siguió bebiendo.

Al fondo del local había un estrado para la orquesta y los músicos que debían de haber estado descansando en una terraza del

centro, tomaron posesión de sus sitios y se pusieron a tocar una pieza de la prohibición. Delante de la orquesta había una pista cuadrangular, y, de pronto, por una puerta lateral, aparecieron una docena de chicas que se pusieron a cantar y bailar el Charleston. Parecían doce hermanas, pues todas eran morenas, de cuerpos frágiles, esbeltos y de piernas finas. Ninguna de ellas pasaba de los veinte años. Jugaban pícaramente con los ojos y daba gusto verlas bailar aquel ritmo alocado.

Cuando el número acabó, la gente aplaudió a rabiar, pero ellas no volvieron a salir. Los músicos empezaron a interpretar un blue y algunas parejas salieron a la pista a bailar. Muchas de aquellas personas estaban bebidas y se les notaba, especialmente a las mujeres.

El tiempo transcurría sin que nada viniese a turbar nuestra tranquilidad. Dirk se sintió mejor, y, como sabía que todo corría a mi cargo, pidió otro *whisky*.

Yo dejé de prestar atención al público y la fijé en los hombres que trabajaban para el negocio.

Había un tipo gordo con un clavel rojo en el ojal de su *smoking* que se ocupaba de que las mesas estuviesen bien atendidas por los camareros. Ahora, tras consultar su reloj, dio media vuelta y se metió en un ascensor que había a un lado del bar. En aquella casa, sólo en ascensores se debían haber gastado una fortuna. Observé el cuadro de señales que había en la pared. Un disco rojo se iba encendiendo y otro se apagaba. Al fin, se paró, marcando el quinto piso, y luego volvió a bajar la jaula vacía.

Esperé otros cinco minutos y todo seguía igual. Entonces me levanté y Dirk dio un respingo:

—¿Adónde vas, Larry?

—Estoy aburrido y por el precio que me harán pagar por lo que hemos tomado, me puedo permitir el lujo de querer más emoción.

—Yo me marcho.

Al decirlo, intentó levantarse, pero yo lo contuve apretándole un hombro.

—Tú te vas a quedar aquí, Dirk. Puede que te necesite para salir.

—¿Por qué me tiene que ocurrir a mí esto? —gimió.

Le sonreí y di media vuelta. Me metí en el ascensor donde había subido el gordo y marqué el quinto piso. Una vez que se detuvo, salí

fuera, encontrándome en un corredor con una sola puerta enfrente. Me dirigí resueltamente a ella y la abrí, colándome en su interior. La estancia estaba regiamente amueblada con sillones, un gran diván, una biblioteca con varios centenares de volúmenes adosada a la pared y una mesa que debía pesar una tonelada. El tipo de los ciento veinte kilos estaba sentado ante ella. Consultaba unos papeles y levantó la cabeza cuando yo entré.

—Se ha equivocado usted —me dijo—. Aquí no hay nada de lo que usted busca.

Empezó a sonreír, pero entonces le repliqué:

—No esté tan seguro de ello.

Se puso serio y depositó las manos sobre una carpeta que tenía delante.

—¿Qué es lo que quiere?

—Un amigo mío vino aquí anoche y resulta que tenía una cita conmigo para hoy. Mi amigo no ha acudido a ella.

Hizo una mueca mientras exclamaba:

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Tengo la corazonada de que bastante. Ustedes son los culpables de que él no se viese hoy conmigo.

—¿Por qué supone eso? Aquí viene mucha gente todas las noches, pero todos son mayorcitos. Se divierten un rato, pagan y se marchan. No tenemos culpa de que uno de nuestros clientes se desmande después de haber salido a la calle.

—¡Usted sabe a quién me estoy refiriendo!

Apretó con firmeza los labios, y taladrándome con la mirada, barbotó:

—¿No cree que es mal asunto crearse complicaciones?

—A mí me gustan. Vivo de ellas. —Hice una pausa y luego pregunté—: ¿Qué vino a hacer aquí Mike Bettger anoche?

El gordo se quedó impávido.

—¡Márchese ahora que puede! —contestó, ominosamente.

Yo negué con la cabeza, saqué un cigarrillo y lo encendí. Estaba arrojando la primera bocanada de humo cuando la puerta que había a mis espaldas se abrió. Volví la cabeza y vi entrar a un tipo de estatura regular, pecho atlético y cuello de toro. Con aquella cara hubiese podido hacer el papel de Atila sin necesidad de maquillaje. Vino hacia mí indolentemente y de pronto, me disparó el puño

derecho al estómago. Yo salté a tiempo, pero a pesar de todo me hizo daño. Inmediatamente le estrellé mi izquierda en pleno rostro lanzándolo al suelo como una pelota. Otro tipo más alto que el primero entró corriendo, abalanzándose sobre mí. Le pegué en el hígado con fuerza y dio un ronquido antes de desplomarse sobre la alfombra, pero entonces surgieron dos enemigos más. Uno me atacó por la espalda y el otro de frente. Logré tocar al segundo en la barbilla, pero el que tenía a mi retaguardia me pegó con algo muy duro en la nuca, y cuando me agachaba lanzando un aullido de dolor, repitió el golpe junto a la oreja. Aquello fue bastante para que yo hincase las dos rodillas en tierra y me tendiese en el suelo. No llegué a perder totalmente el conocimiento y así percibí la sensación de que media docena de caballos me coceaban.

—Dejadlo ya —ordenó la voz del gordo.

Oí las maldiciones lanzadas por los hombres, molestos por la interrupción de la fiesta. Al cabo de un rato me incorporé y entonces unas manos me despojaron de la pistola. Cuando levanté la cabeza, el gordo me sonreía.

—Es usted demasiado atrevido, señor Cane.

—No hablo con lacayos —desdeñó—. Llame a su jefe.

Se me quedó mirando, frunciendo el ceño.

—Yo soy el jefe —afirmó.

—¿Usted, barrigudo? No me haga reír.

Uno de los cuervos me atizó un puñetazo en la boca que me hizo tambalear. Fui a defenderme, pero el tipo que me había quitado la pistola me la puso delante de mis narices.

—Anda, valiente. Haz un esfuerzo más y te la ganas de verdad.

Sentí el sabor de la sangre porque aquel bestia me había partido el labio y volví la mirada al sapo que quería dárselas de amo de todo aquello.

—Cabeza de turco —le dije—. Ya me ha oído. Sólo dialogaré con el patrón y ya puede irle a avisar que hará bien en recibirme cuanto antes.

Durante unos instantes, en aquella estancia no se oyó siquiera la respiración de los que nos encontrábamos allí. Si a alguien se le hubiese ocurrido dejar caer un alfiler en el suelo, hubiéramos creído que se trataba de la explosión de la bomba de hidrógeno.

Una puerta lateral se abrió y George Shannon apareció

enmarcado. Todo había sido fácil. Me había dado cuenta de que el gordo tenía sobre la mesa un interfono cuya llave estaba abierta.

Shannon avanzó hacia mí con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Su rostro estaba serio, cosa para mí desconocida. Sus ojos brillaban de ira y me miraron con evidentes deseos de asesinarme.

—Eres un estúpido, Larry —me espetó.

—Eso usted es el primero en no creerlo —contesté.

—¿Por qué se te ha ocurrido venir aquí?

—Estoy siguiendo los pasos que Mike Bettger dio anoche.

—¡Y un cuerno! El no estuvo aquí.

Saqué el mensaje que había cogido de la chaqueta marrón y de Mike se lo alargué.

—Dígame también que no sé leer o que veo visiones.

Cogió el papel y lo leyó para sí. Luego lo hizo pedazos, rabiosamente.

—Está bien —declaró, depositando sus ojos en mi rostro—. Mike estuvo aquí, pero se marchó por su propio pie.

—Eso se llama entrar en razón —murmuré, y me dejé caer en un sillón.

El tipo que me había cascado en la nuca me cogió por el cuello, chillando:

—¡Estás hablando con el jefe! ¡Levántate!

—Déjalo, Bill —rugió Shannon.

Bill me siguió sujetando mientras observaba con expresión estúpida a su dueño y yo aproveché la oportunidad para pegarle con el filo de la mano en la muñeca.

Dio un aullido de dolor y me apuntó con la pistola con el ánimo de hacer fuego, pero nuevamente la voz de Shannon lo detuvo:

—¡Quieto, Bill! ¡Ya está bien! ¡Marchaos todos! ¡Quédate tú solo, Roger!

Roger era el cerdo del clavel en el ojal. Cuando la sala quedó despejada, Shannon preguntó:

—¿Cuáles son tus intenciones, Larry?

—Sacarle las tripas al bandido que asesinó a Mike. Sólo eso.

—¡De acuerdo! Pero aquí no lo encontrarás.

Sonreí irónicamente, aunque me dolía el rostro.

—Eso lo he de ventilar yo, Shannon, y para ello me va a aclarar

unas cuantas cosas. —Hice una pausa, y como él no replicó, continué—: Tiene un bonito negocio, Shannon. A nadie más que a usted se le podía ocurrir. Un local con unas atracciones a espaldas de la brigada de Represión del Vicio. Unos cuantos agentes se encargan de hacer la publicidad y aquí tiene usted a todos los imbéciles de la ciudad que quieren dar gusto a su cerebro emponzoñado. Usted, naturalmente, no da la cara, permanece escondido, pero sus muchachos toman buena nota de los deslices que puedan cometer una mujer o un hombre casados. Son gente a la que le sobra el dinero. Luego surge el chantaje, la extorsión realizada por cualquier desconocido e inmediatamente la agencia de Detectives Privados de George Shannon entra en juego, saca la pasta a la pieza que ha caído en la trampa y luego la deja libre.

El rostro de Shannon estaba congestionado.

—¿Qué tiene que ver todo eso con Mike Bettger?

—Puede que bastante. Mike era un hombre honrado, de eso estoy seguro. Por algo fuimos compañeros. El trabajaba para usted, pero con toda probabilidad no se dio cuenta de la clase de negocio que usted se traía entre manos. Mike intervino en el caso que le planteó la compañía Anderson. Despidieron a Vincent Jeffries, pero luego la sobrina de éste contó a Mike todo lo relacionado con el invento de su tío.

—No sé de qué me está hablando, Larry.

—Yo le refrescaré la memoria. Sé, mejor que nadie, hasta dónde podía llegar Mike, y apuesto a que no creyéndose capacitado para dar con el hombre que había robado a Jeffries su invento, se confió a usted. Le habló del torsímetro y de su relación con la máquina cortadora de metales. Usted tiene un cerebro portentoso para sacar dinero, Shannon. Es su especialidad. Le interesó aquello y le dijo a Mike que lo ayudaría, pero claro, su intención era otra. Sólo pretendía quedarse como único dueño y señor del invento de Jeffries, pensando que con él tendría un verdadero filón.

—¡Eso no son más que paparruchas! —exclamó Shannon, lívido.

—¿Porque no puedo probarlo?

Mi treta surtió efecto. Shannon quedó un rato en suspenso y eso fue bastante.

—¡Maldito polizonte! —rugió—. ¿Cómo quieres que te diga que yo no tengo nada que ver con la muerte de Mike?

—Eso lo tendrá que demostrar.

—Al parecer, no te das cuenta de que estás en mis manos.

—¿Qué va a hacer conmigo? ¿Pegarme dos tiros y arrojarme a un callejón?

Era más de lo que podía resistir y exclamó, iracundo:

—¡Está bien, Larry! Ésa fue mi idea. La de ordeñar el invento de Jeffries, pero todo salió mal.

—¿Por qué?

—Mike no era tan torpe como tú y yo creíamos. Dio con la solución.

—¿Quién robó a Jeffries?

—No me lo dijo. Me llamó ayer por teléfono. Eran poco más o menos las siete de la tarde. Me contó que ya tenía el asunto resuelto. Mis hombres estaban trabajando en el caso y prefería darle largas a lo de Mike. Le dije que debía atender una cita urgente y que entonces no podía escucharle, que sería conveniente que confrontásemos nuestras investigaciones, rogándole que hasta entonces no hiciese nada. El accedió, naturalmente. Por algo era su jefe. Entonces le dije que yo iba al Madison Square Garden. Me prometió que acudiría allí.

—¿Qué pasó en el Madison?

—Yo permanecí en mi despacho hasta muy tarde. Los muchachos iban llegando y me traían informes de Jeffries, de Mills, de Lionel Zukor, en fin, de cuantas personas habían participado en el caso. Pero yo no veía allí nada en qué hincar el diente. Entonces pensé que en aquel negocio tenía que partir por la mitad. Pensé que sería fácil para mí hablar con Mike y convencerle para que callase lo que sabía. Sólo teníamos que arrancar el torsímetro al ladrón, echar tierra al asunto y explotar el negocio conjuntamente. Por ello no fui al Madison. Envié a Roger en mi lugar.

El tipo que hasta entonces había estado callado, declaró:

—Fui al Madison. No había visto nunca a Bettger pero el señor Shannon me lo describió perfectamente. Fue sencillo dar con él porque tenía que haber sacado una butaca de *ring*, ya que él sabía que el señor Shannon estaba abonado a una de la tercera fila. Se encontraba en compañía de una joven rubia. Le hice una señal y él salió. Fuimos fuera y yo le entregué la nota del señor Shannon. Conocía le letra de nuestro jefe y no cabía la posibilidad de que

creyese se trataba de una superchería.

Había callado y yo le dije a Shannon:

—De acuerdo con eso. Mike abandonó el Madison antes de que finalizasen los combates y envió una nota, disculpándose, a la señorita que lo acompañaba. Fue a su casa, se cambió de traje, porque tenía tiempo para ello, y luego vino aquí.

—¡No vino! —exclamó Shannon.

—Está tan claro como el agua, Shannon. Usted mismo lo acaba de decir. Propuso a Mike se asociase con usted para sacar el jugo al invento de Jeffries. Todo consistía en hacerse con él y registrarlo convenientemente. En tal caso de nada le valdría a Jeffries hacer una reclamación, puesto que él no había registrado su torsímetro.

Los labios de Shannon se contrajeron y noté que su frente empezaba a empaparse de sudor.

—¡Te repito que ésa era mi intención!

—Pero calculó usted mal. Mike no era de su camada, sino un sencillo padre de familia y quería ganar su dinero honradamente. La respuesta que le dio fue negativa y usted intentó convencerlo, recurriendo a la fuerza. Le haría cantar quién era el que tenía el torsímetro y luego ordenó a sus muchachos que lo liquidasen y dejasen su cadáver en cualquier sitio.

—¡No pasó nada de lo que dices! —chilló Shannon, fuera de sí —. Mike Bettger jamás llegó a el Canario. Le estuve esperando toda la noche, y al fin, cuando ya pasaba de las tres de la madrugada, me marché a mi casa maldiciéndole. Pensé ajustar cuentas con él al día siguiente, pero cuando a la mañana leí en los periódicos su muerte, me quedé perplejo y decidí que debía mantenerme alejado del estercolero. Está claro que fue el ladrón que robó a Jeffries quien se cargó a Mike. El muchacho debió de cometer alguna equivocación.

Me levanté y di unos pasos por la estancia en actitud reflexiva. Finalmente, me detuve volviéndome hacia los dos especuladores de la moral. Shannon preguntó en tono suspicaz:

—¿Cuál es tu plan, Larry?

—Será mejor que me diga cuál es el suyo. Puede que todo eso que me ha dicho lo haya soltado para defender este negocio.

—Me alegro que lo hayas suscitado. Es la última semana que tenemos el local abierto. Una autoridad municipal nos ha enviado un ultimátum para que lo cerremos. En caso contrario, hará

intervenir a la brigada de Represión del Vicio. ¿Te das cuenta, Larry? No se trata de defender unos ingresos. Te he dicho la verdad. Tengo las manos completamente limpias en ese asunto de Mike. Tú sabes bien que a nadie se puede castigar sólo por sus intenciones. Las mías fallaron.

Shannon me daba náuseas, pero yo había de reconocer que enfocaba la cuestión desde un punto de vista razonable. Si hubiera tenido que ver con la muerte de Mike, nada más fácil para él que ordenar a sus gorilas me sacasen el tuétano en cualquier lugar de las afueras. Pero, no. Se limitaba a disculparse, dándome a entender con ello que me concedería franquicia para salir de aquel local por mi propio pie.

De pronto, pensé que, aunque él no matase a Mike, había hecho posible su desaparición citándole en el Madison y más tarde en el Canario. ¡Y el muy cochino pensaba dar doscientos dólares a la esposa de mi amigo como indemnización! Bien, aquél era un buen momento para hacerle un favor a Mike.

—De acuerdo, Shannon. Dejaré correr las cosas.

Noté cómo respiraba con alivio mientras a sus labios afloraba una sonrisa.

—Gracias, Larry. Sabía que podía contar contigo.

—Pero te va a costar cinco de los grandes —dije, tuteándole.

El y Roger me observaron sorprendidos.

—¿Qué es eso, Larry? —preguntó Shannon, balbuceante.

—Ya lo has oído, puerco. No quiero que me debas ningún favor. Yo lo callaré todo, pero me darás cinco hojas de lechuga.

—¡Eso es chantaje!

Solté una risita, replicando:

—Y es duro que quien tanto lo practica aparezca como víctima, aunque sólo sea por una vez.

—¡Estás jugando con fuego, Larry!

—Pero no me quemaré, Shannon. Y métete esto bien en la cabeza. Aun cuando lo del ultimátum de esa autoridad municipal sea cierto, sé perfectamente que a estas horas habrás montado el negocio en otro sitio. ¿Qué son cinco mil para ti?

Roger mostró una pistola de cañón corto, con la que me apuntó. En sus ojos de batracio vi el deseo de matar. Pensé que quizá había ido demasiado lejos en el cálculo de mis posibilidades.

—Lo voy a llenar de agujeros como un queso gruyere —barbotó venenosamente.

Yo no contesté a eso nada, pero Shannon ordenó:

—Guarda esa pistola, Roger.

El sapo miró a su jefe con una expresión estúpida.

—¿Qué le pasa, señor Shannon?

—¡Te he dicho que guardes la pistola!

Roger obedeció sin que borrase el gesto de perplejidad de su rostro. Luego Shannon le ordenó:

—Dale los cinco mil.

Roger tragó saliva, pero abrió un cajón, sacó una pequeña caja de acero, dio vuelta a una llave y poco después extrajo un gran fajo de billetes. Estaban ya ordenados y apartó sobre la mesa cinco montoncitos. Shannon me miró y dijo:

—Ahí los tienes, Larry. Son tuyos. Cógelos.

Al pronto, pensé que podía ser una estratagema. Era posible que se le hubiese ocurrido un bonito número. Acceder a mi petición para fulminarme cuando fuese a coger el dinero. Pero tal como estaban las cosas yo no tenía opción. Me acerqué, alargué la mano, cogí los billetes, los guardé en el bolsillo interior de la chaqueta y no pasó nada.

—¿Sabes por qué lo hago, Larry? —preguntó Shannon.

—Venga, suéltalo.

—Quiero que tengas un buen recuerdo de mí. Pero esto se acabó. Si vuelves a meter tu nariz en cualquiera de mis asuntos, te hago desaparecer del mapa.

Yo le sonreí. Sabía que lo suyo no era ninguna bravata. Pero no era de mi incumbencia limpiar a la ciudad de sus lacras. Existía una Comisión de Lucha contra el Crimen, y tarde o temprano, ésta haría pagar a Shannon sus delitos. Cuanto más tiempo viviese a costa de ellos, más dura sería para él la caída.

—Hasta la vista, Shannon.

—Yo prefiero que sea hasta nunca —respondió Shannon.

Me dirigí hacia la puerta, hice un saludo con la mano y salí al corredor donde se hallaban los sicarios con quienes me había pegado. Me planté delante del que me había desarmado y le tendí la mano en un gesto significativo. El apretó los dientes y me entregó la pistola, mascullando:

—La próxima vez te juro que no escaparás tan bien.

Guardó el arma y apreté el botón de llamada del ascensor. Cuando me colé dentro de la jaula, antes de que cerrase la puerta, vi que los gorilas me miraban con ojos en los que brillaba el odio.

Bajé a la planta donde se corría la juerga y busqué a Dirk, pero todos mis esfuerzos resultaron infructuosos.

Entonces fui por el coche y salí de aquel edificio. Cuando empecé a correr por la calle, una figura saltó de la acera y me hizo señal para que me detuviese. Era Dirk, el cual se coló junto a mí dando un bufido.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Al fin estás aquí.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

—Pensé que allí dentro no podía hacer nada por ti y preferí escapar a la calle. Si llegas a tardar quince minutos más hubiera llamado a la policía.

Yo reí fuerte.

Volvimos al local en donde lo había recogido, le di cien dólares y lo invité a tomar una copa mientras yo me dirigía a la cabina telefónica.

Llamé al hotel Palmeira y cuando escuché la voz de Paul, le pedí que me pusiese en comunicación con la chica que le había llevado allí. Entonces me dijo que había salido con la policía. Colgué el auricular y volví a meter un níquel por la ranura, discando esta vez el número de Mara Wallis, mi secretaria.

Cuando descolgaron al otro lado, una voz soñolienta preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—Escuche, Mara. Soy Larry.

—¿Es que usted no duerme nunca?

—La necesito, muchacha. Vístase inmediatamente y diríjase al hospital Sainte Marie.

—¿Se encuentra herido, jefe?

—No, todavía no, pero quizá lo esté. Dese prisa. Espéreme en el vestíbulo.

Colgué rápidamente y salí de la cabina buscando con la mirada a Dirk. Lo vi entusiasmado, tirando los dados en una mesa.

Sacó un siete y al instante empujaron un montón de billetes hacia su lado.

—¡Ya estoy en la racha, Larry! —me gritó.

Yo entonces le hice una señal deseándole suerte, uniendo el dedo índice y pulgar de la mano derecha y salí de allí para enfrentarme con el asesino de Mike Bettger.

# CAPÍTULO IX

A la entrada principal del hospital, había dos coches de la policía, de modo que pasé de largo, di la vuelta al edificio y fui a aparcar en la parte de atrás. No vi nada sospechoso y salté del vehículo, después de cerrar la llave de ignición.

Había una doble escalera con siete peldaños a cada lado que conducían a una ancha puerta. Subí por la derecha.

Un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad se hallaba sentado en el corredor. Levantó la mirada del diario que leía, y tras observarme, advirtió:

—No puede entrar por aquí.

—Soy hermano del doctor Kramer. Lo llamé hace un rato y me dijo que me esperaba en su habitación.

El doctor Kramer era el único facultativo que yo conocía en aquel hospital, un especialista de los huesos que cosa de año y medio antes me había escayolado un tobillo que me torcí peleando con un bravucón en cierta casa de Harlem. Cabía la posibilidad de que el doctor no estuviese trabajando ya allí, pero tuve suerte porque el cancerbero meneó la cabeza en sentido afirmativo.

—Está bien, pase —accedió.

Seguí adelante y doblé por un corredor. Ascendí por una escalera y me encontré ante un largo pasillo. Oí que se abría una puerta y apareció una enfermera. Era esbelta, bien formada y bonita. Al verla, era fácil que uno sintiese deseos de romperse la cabeza contra, la pared siempre que la dirección del hospital le asegurase iba a ser atendido por aquella monada. Vi que se quedaba sorprendida y echaba rápidamente la mano atrás, pero en el aire quedó suspendida una espiral de humo. Estaba fumando y eso estaba prohibido. Me acerqué a ella y carraspeé fuerte. Debió

pensar que yo era alguien allí.

—Lo siento, señor —murmuró.

Aquello estaba bien.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, señorita?

—Marshall, June Marshall… —Hizo una pausa y respondió—: Cinco semanas, señor.

Había tenido las cosas demasiado en contra en todo aquel asunto y al parecer, como le había ocurrido a Dirk Tamblyn con los dados, también a mí me llegaba la racha buena.

—No ha debido hacer eso —dije, con reconvención.

—Sé que no tengo disculpa.

—Ya sabe, es cosa del reglamento.

—He estado trabajando cinco horas seguidas con el doctor Mayer. Han traído seis heridos graves de un choque de dos autobuses. Me he puesto muy nerviosa porque conocía a uno de los heridos. Es un chico que vive al lado de casa y con el que he salido algunas veces. Vine aquí por unas cosas y he aprovechado el momento para encender un cigarrillo.

No tenía ningún derecho a asustarla demasiado, sólo lo indispensable para que sirviese a mis planes.

—Está bien, señorita Marshall. Tengo bastante mala memoria y puede que dentro de quince minutos lo haya olvidado.

Me sonrió agrandando los ojos, lo cual me produjo un agradable cosquilleo.

—Gracias, doctor —me dijo—. Es usted muy amable. Se lo agradeceré siempre.

Con aquella declaración, quería asegurarme que mi rasgo me produciría dividendos y pensé cuán agradable sería el echar una parrafada con ella cualquier otro día. Ahora yo estaba en acto de servicio y no podía entretenerme.

—Verá, señorita Marshall. Soy una verdadera calamidad. Me ha caído en mi batín una botella de yodo y me ha quedado hecho una ruina. No he podido conseguir otro porque la enfermera que tengo arriba se llevó por olvido la llave del armario.

—¡Oh, no se preocupe! Aquí tengo yo media docena de batines y hay lo menos un par que le vendrán bien a su talla. Venga conmigo.

La seguí y abrió una puerta. Pasamos al interior y al momento ella sacó un batín de los que había dentro de un armario. Me quité

la chaqueta y me lo probé, mirándome al espejo. Me sentaba como un guante y me sentí con fuerzas para hacer la competencia al descubridor de la estreptomicina.

Al volverme para salir choqué con la joven. Yo la sujeté para que no cayese y nuestras bocas quedaron muy cerca. Nos miramos un rato. Bueno, después de todo, un beso no me haría perder mucho tiempo. La besé y volví a sentir un cosquilleo. Ella se quedó inmóvil y yo di un suspiro y abandoné la habitación diciendo:

—Gracias por todo, señorita Marshall.

Me acerqué a un ascensor y apreté el botón de llamada.

La habitación de Jeffries era la 153, hice un cálculo mental y apreté el botón del tercer piso, cuando estuve dentro de la jaula. Una vez arriba, salí y me di cuenta de que había fallado. La puerta de enfrente era el número 260. Decidí bajar por la escalera y así lo hice. Esta vez no me equivoqué porque el primer número que vi fue el 172. La habitación que yo buscaba debía de estar en aquella planta. Eché a andar corredor adelante y de pronto, al doblar la primera curva, me quedé parado. Lionel Zukor también se detuvo a la otra parte del pasillo y nos quedamos mirando fijamente. De pronto, el director gerente de la Anderson dio media vuelta y echó a correr.

—¡Espere! —le dije.

Pero, naturalmente, lo que él hizo fue apretar más el paso y ganar una de las escaleras de descenso.

Me colé por ella y casi me fui abajo por encima de una barandilla de hierro, porque el lugar se hallaba a oscuras. Me quedé inmóvil, resoplando, y a mis oídos no llegó ningún ruido.

—¡Eh, Zukor! —llamé, al cabo de un rato.

Siguió el silencio.

—¡Escuche, Zukor! —insistí en voz alta—. ¡Está cogido! ¡No tiene escapatoria! ¡Será mejor que salga!

Llegó el suave roce de un cuerpo con algo.

Me agaché por si acaso al tipo se le ocurría disparar y empecé a andar a gatas.

Poco a poco, la oscuridad se hizo más áspera y, de pronto, unas cajas de latas se vinieron abajo en el fondo y unas piernas corrieron.

—¡No sea estúpido, Zukor! —le recriminé, tratando de localizarlo—. ¡Usted y yo tenemos que hablar!

Seguí avanzando.

Mi cabeza chocó contra la esquina de un cajón, produciéndome un terrible dolor. Tuve que esperar a que la cabeza dejase de darme vueltas. Vi algo brillar a la derecha, a unas diez yardas de donde yo me encontraba, y pensé que podría atacarle por la espalda. Giré sobre mis talones y, andando en cuclillas, me desplacé en semicírculo, evitando todos los obstáculos que tocaban mis manos. Cuando llegué al lugar donde debía de hallarse Zukor, descubrí que lo que brillaba era alguna sustancia química que se hallaba contenida en un frasco de vidrio. De súbito, por la parte que acababa de abandonar, resonaron unos pasos y me di cuenta de que Zukor, tras burlarme, subía rápidamente por la escalera. Reanudé la persecución con más ganas que nunca. Pero ahora me había sacado más ventaja que antes y cuando llegué a la puerta superior, comprendí que Zukor había conseguido escapar definitivamente.

Me enjugué el sudor de la cara con el pañuelo y emprendí de nuevo la ascensión al segundo piso.

Al doblar un recodo teniendo como única meta la habitación de Vincent Jeffries, vi un policía hablando con Walter Mills, el cual se hallaba de espaldas a mí. Me escondí y pude escuchar, la conversación pegado a la pared.

—Necesito ver a Vincent Jeffries —decía Mills, con énfasis—. Tiene que darse cuenta, agente. Soy su mejor amigo.

—Eso se lo tendrá usted que decir al capitán Pedelty —le contestó el policía—. A mí me han dado orden de que no deje pasar a nadie y me limito a cumplir con mi deber.

—Pero, agente… Se trata de algo muy importante para él.

—No me haga reír. No puede haber nada importante para un hombre que ha intentado suicidarse.

—Sólo será cuestión de un minuto. Se lo prometo, agente.

—Mire, amigo. El capitán no tardará en llegar. Vaya al vestíbulo y siéntese. Cuando suba el jefe, le diré que está usted abajo esperando y verá como él se lo soluciona todo.

Hubo una pausa, y, por fin, Mills rezongó:

—Está bien. Como usted quiera, agente. Esperaré abajo.

Oí los pasos de Mills que se acercaban adonde yo me encontraba y me volví de espaldas, haciendo como que consultaba un papel que había sacado del bolsillo. Bajó por la escalera y yo entonces me

dirigí a la habitación 153.

El agente se hallaba sentado en una silla, apoyado el respaldo contra la pared.

—Buenas tardes, agente —dije, y puse la mano en el pomo de la puerta para hacerlo girar.

Se levantó como un rayo, atajando:

—¡Eh, usted, espere!

Levanté la barbilla, preguntando con el ceño fruncido:

—¿Qué es lo que quiere, agente?

Arrugó la nariz, escrutándome el rostro, y advirtió:

—Es el doctor Stromber quien está a cargo de este enfermo.

—¿Me lo dice usted a mí? —repuse, con cierta irritación en la voz—. Yo soy el ayudante del doctor Stromber, y según las instrucciones que tengo recibidas de él, ésta es la hora en que debo pasar reconocimiento a sus pacientes.

—Pero, yo…

—¿Acaso la policía se encarga ahora de la dirección del hospital?

El centinela se rascó el cogote, y, finalmente, asintió:

—De acuerdo, pase, pero no me advirtieron nada.

Abrí la puerta, entré y cerré a mis espaldas emitiendo un suspiro.

En una cama, de sábanas blancas como la nieve, se hallaba tendido Jeffries. Yo sólo lo había visto una vez, cuando lo sacaron en la camilla aquel mismo día de su casa, pero ahora tenía mejor color. Se mantenía inmóvil con los ojos cerrados.

Yo me acerqué a la cabecera y lo llamé en un susurro:

—Señor Jeffries…

No dio síntomas de haberme oído y acerqué más mi boca a su oreja.

—Señor Jeffries —repetí—. ¿Me escucha?

Empezó a moverse y abrió lentamente los ojos. Me miró, y, naturalmente, no pudo reconocerme porque jamás me había visto antes de aquel momento.

—¿Quién es usted? —balbució, con voz apenas audible.

—Me llamo Larry Cane —dije tan rápidamente como pude—. Soy un detective privado amigo de Mike Bettger, el hombre que asesinaron anoche. ¿Me entiende?

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Señor Jeffries, esto es muy importante. ¿Quién lo obligó a tomar las pastillas somníferas?

—Nadie —murmuró.

—¡Eso es imposible! —exclamé—. Alguien debió dárselas.

Dijo que no con la cabeza y yo me mordí el labio inferior porque mi tiempo estaba pasando y no quería ser sorprendido en aquella habitación por el capitán Pedelty. Si esto sucedía, ya podía despedirme de la licencia.

—¿Intenta decirme, señor Jeffries, que usted ha querido suicidarse?

Me miró fijamente un rato y contestó:

—No, por Dios, no.

—¿Cómo fue entonces?

—Yo no he tomado nunca pastillas somníferas… Sólo una medicina para el hígado. Tenía el frasco sobre la mesilla de noche. Había de ingerir tres cucharadas. Así lo hice, y de pronto, empecé a sentirme muy mal. Estaba solo en casa. Intenté llegar hasta el teléfono, pero no pude. Me caí en el pasillo. Ya no sé más. Eso es todo.

Había hecho un gran esfuerzo y su respiración era entrecortada.

—Descanse, señor Jeffries. Voy a molestarle ya muy poco. Sólo quiero que me conteste a otra pregunta.

—Hágala —murmuró.

—¿Soluciona su torsímetro el problema del desgaste de las máquinas cortadoras de metales o se limita más bien a repararlas?

Corté el resuello porque su respuesta era definitiva:

—No, señor Cane. Mi torsímetro solucionará de una vez para siempre ese problema.

—¿Por qué?

Ahora que hablaba de su invento, cobraba nuevas energías y su voz era perfectamente clara y serena.

—Cuando una máquina cortadora haya de empezar a trabajar, será sometida a la prueba del torsímetro.

Si existen vibraciones, la máquina ha de ser colocada sobre los convenientes amortiguadores e igualmente se aislarán las paredes, si es que las vibraciones proceden de éstas. El torsímetro supone una solución total.

—Muchas gracias, señor Jeffries. Puede descansar ahora. No hable más.

—¿Va a resolverlo todo, señor Cane?

—Se lo prometo, señor Jeffries. Usted podrá disfrutar del esfuerzo que le ha costado el dar con ese aparato.

Me enderecé, y haciendo un saludo con la mano, me dispuse a abandonar la habitación. De repente, me detuve al oír fuera la voz de Donald Fresh.

—¡Tengo que entrar, agente! —gritaba.

—¿Quién dice eso? ¿Acaso es usted Foster Dulles?

—¡He de hablar inmediatamente con el señor Jeffries!

Sí, todos querían ver ahora a Jeffries, pero sólo uno entre ellos tenía una razón más poderosa para cruzar aquella puerta. Su intención no era hablar con el hombre que estaba tendido en aquella cama. Necesitaba que Jeffries estuviera muerto, bien muerto.

—Otro caballero ha Venido antes que usted y tampoco le he dejado pasar —repuso el policía—. Le repito lo mismo que a él. Vaya al vestíbulo y espere a que llegue el capitán Pedelty.

—¡Compré veinticinco entradas para el baile anual de la policía! —alegó Fresh.

—¡Me importa un rábano! —contestó el agente—. ¿Cree que por eso no le alcanza a usted una orden nuestra?

—Tengo un primo en el Departamento, agente, y le aseguro que es un hombre importante. Le hará constar mi protesta en este asunto. ¿Desde cuándo no se puede ver a un amigo enfermo?

—Éste es un enfermo especial, amigo. Y lárguese de una vez antes de que le acuse de resistencia a la autoridad.

Fresh debió quedarse lívido, sin habla, pero al fin se marchó gruñendo. Era mi oportunidad de salir antes de que surgiesen más complicaciones. Abrí la puerta y el agente se levantó de nuevo.

—¿Cómo está? —me preguntó.

—Bastante mejorado —le dije.

—Pues no sabe cuánto me alegro. Éste hubiese sido el sexto suicidio del mes, ¿sabe? No sé lo que le pasa a la gente. Puede que sea verdad lo que leí el otro día. Según un psiquiatra, la mitad de los que vamos sueltos por la calle estamos como cabras. ¿Usted qué cree, doctor?

—Pienso que la estadística exagera un poco —contesté—, pero puede que una quinta parte de la Humanidad estaría mejor en un manicomio o en sanatorios de readaptación… Hablando de otra cosa, agente. Siga cumpliendo con su deber. No deje entrar a nadie a ver al enfermo, a no ser que se trate del capitán. Al enfermo le puede sobrevenir una crisis.

Me guiñó un ojo y manifestó:

—No se preocupe. He cumplido a rajatabla la orden y así lo seguiré haciendo hasta que me releven.

Le palmeé afectuosamente el brazo y eché a andar imaginando la cara que pondría cuando se enterase de que no había sido tan fiel guardián como él creía.

Regresé al cuarto donde había dejado la chaqueta. Me estaba quitando el batín cuando se abrió la puerta y apareció la enfermera de antes. Me miró con sus grandes ojos, sacó un paquete de cigarrillos que tenía escondido en el armario y encendió un pitillo.

Chasqueé la lengua, reconviniendo:

—¿Es que no recuerda el reglamento?

—Lo malo para usted es que he indagado y nadie me ha podido dar noticias exactas de quién es.

—Pongamos que soy un hombre cualquiera.

—¿Cree que por un hombre cualquiera hubiese estado esperando en la esquina del corredor?

El humo ascendía en espirales de la punta del cigarrillo que sostenía entre los labios. Tenía el brazo izquierdo en jarras. Parecía una de esas mujeres que sólo contempla uno en la pantalla y que está deseando encontrarse en la vida. Pero… ¡por todos los infiernos! ¿Por qué había de aparecer cuando yo tenía tanto trabajo por delante?

Me puse la chaqueta, me acerqué a ella y la rodeé por la cintura.

—Escuche, preciosa. Un día de éstos la llamaré por teléfono.

—¿De veras? —dijo, abanicando sus pestañas.

—Claro qué sí. Usted y yo tenemos mucho que hablar sobre los efectos radiactivos de la goma de mascar.

No le dije más, porque me di cuenta a tiempo de que debía cortar por lo sano.

Le quité el cigarrillo de la boca, la besé y poco después me largué de allí echando humo.

# CAPÍTULO X

Cuando entré en el vestíbulo, vi a Walter Mills y Donald Fresh sentados uno al lado del otro. También me vieron a mí y observé que sus rostros se conturbaban. Me acerqué a ellos y los saludé jovialmente:

—Buenas noches, amigos. ¿Se pusieron de acuerdo para venir aquí?

Donald Fresh me miró con ojos airados y repuso:

—No pienso contestar a ninguna de sus preguntas, señor Cane.

Yo sonreí y miré a Walter.

—¿Y usted, señor Mills?

—Ya le he dicho todo lo que sabía de este caso —replicó, de una forma desabrida.

—Quizá le faltó algún detalle.

Walter observó a Donald Fresh mientras se humedecía los labios con la lengua y Fresh le ordenó, coa voz autoritaria:

—¡Le prohíbo que hable, Mills!

Reí irónicamente y advertí:

—Bueno, no es necesario que me digan nada. Todo está explicado y el telón va a caer de un momento a otro.

El agente de patentes y marcas clavó sus acerados ojos en los míos.

En aquel instante, sonó un fuerte taconeo procedente de la puerta de entrada, y volviendo la cabeza, vi a Mara que llegaba apresuradamente. Salí a su encuentro y ella se detuvo ante mí y rezongó, dando un suspiro:

—No sabe lo que me ha costado llegar. No podía encontrar un taxi, jefe. Era la hora de la salida de los espectáculos. He tenido que hacer tres transbordos en autobús.

—Pero al fin ha llegado. Está usted muy bonita con esos colores en las mejillas.

—No me irá a decir que me ha sacado de la cama para soltarme eso.

—¡Oh, no! Sólo quería advertirle que me marcho de vacaciones.

—¿Que se marcha? ¡Pero si apenas le quedan un centenar de dólares en el Banco! ¿O es que piensa practicar el auto *stop*?

—Querida niña, después que acabe con este asunto, nuestra cuenta corriente habrá engordado unos cuantos kilos.

Saqué los fajos de billetes que había conseguido ordeñar a Shannon, y mi secretaria abrió unos ojos como platos.

—¡Caramba, jefe! ¿Todo eso es suyo? ¿Qué Banco ha limpiado?

—No se excite, muchacha. De esto no me toca ni un solo centavo. Escuche bien mis instrucciones. Vaya a la dirección, pida un sobre grande, meta todo ese dinero dentro y envíelo por correo a nombre de la señora Diana Bettger, avenida Exter Eat, residencia Hamont, 37. Nueva York.

—No le recrimino por eso, pero ¿cuándo se va a ocupar de usted?

—Ya le he dicho que saldremos de aquí con las manos llenas.

—¿Cuántas veces he oído lo mismo en los dos años que llevo con usted?

Dio media vuelta y se fue un poco enfurruñada hacia la dirección, contoneando suavemente las caderas.

Yo no pude menos que sonreír. Era única, algo que había que tomar a pequeñas dosis, porque toda entera mareaba.

En aquel instante, aparecieron el capitán Pedelty y Lauren. Dan puso cara hosca al descubrirme, pero como compensación, los rojos labios de Lauren se distendieron en una sonrisa.

—¿Qué tal, señor Cane? —saludó ella—. Celebro verlo por aquí.

—Parece ser que el capitán no opina lo mismo —repliqué.

—¿Qué hace en el hospital, Larry? —me preguntó Pedelty.

—Ocupado en mis cosas.

—Pierde su tiempo si cree que voy a consentir que vea al señor Jeffries.

Me encogí de hombros y dije con voz de resignación:

—¿Qué hay de malo que lo vea con usted? Al fin y al cabo, puede oponerse a cualquier pregunta indiscreta que yo le pueda

hacer.

Me miró asombrado de mi condescendencia. Me sonrió, contestando:

—Siempre he deseado ver cómo se pone en ridículo. Ahora voy a tener esa oportunidad. Suba conmigo.

Donald Fresh y Mills se acercaron, y tras cambiar un saludo con el representante de la autoridad, el primero manifestó:

—Necesito ver inmediatamente al señor Jeffries.

—¿Usted también? —Gruñó Dan—. ¿Para qué?

—Es un asunto personal, capitán. Le aseguro que no tiene nada que ver con la investigación que está usted realizando.

Pedelty vaciló unos instantes y luego preguntó a Mills:

—¿Y usted, para qué lo quiere ver?

—S0y su mejor amigo y necesito demostrarle que hizo bien en depositar su confianza en mí.

—Está bien, está bien. Todos ustedes subirán conmigo. Pero antes he de ver si ello es posible. Esperen un momento aquí.

Pedelty se marchó camino de la dirección y Lauren se colgó suavemente de mi brazo, preguntándome:

—¿Todo ha ido bien, señor Cane?

—De primera, Lauren. ¿Dónde la ha llevado el capitán?

—A la comisaría. He tenido que declararle todo lo que sabía del caso. Se ha portado muy bien conmigo pero ha de saber que usted tiene mis preferencias. Quisiera que fuese usted el que resolviese este misterio.

—Bueno, quizá haya suerte.

Mara llegó a nuestro lado y yo hice las presentaciones. No hubo oportunidad de seguir hablando porque Pedelty regresó junto a nosotros.

—De acuerdo —declaró—. El doctor Stromber ha dejado dicho que se puede visitar al enfermo, pero con moderación. Así es que, ya lo saben ustedes, nada de preguntas tontas. Ya tendrán oportunidad de hablar con él largamente mañana o pasado.

Nos dirigimos todos al ascensor y subimos al piso segundo. El propio capitán abrió las puertas y salimos al corredor.

De pronto, vi que la silla que había junto a la habitación 153 estaba vacía y la puerta entreabierta. Aparté de un empujón al capitán y me lancé a toda velocidad pasillo adelante. Oí un

chasquido y un grito. Saqué mi pistola rápidamente y penetré en la estancia como un huracán. Vi al agente de policía caído en el suelo. El individuo que me espió y golpeó a Lauren, se disponía a hacer fuego sobre el yacente Jeffries, el cual se hallaba dormido. Me arrojé al aire porque yo necesitaba a aquel hombre vivo. El se dio cuenta de lo que ocurría, pero cuando quiso girar era demasiado tarde. Mi cuerpo chocó con el suyo violentamente y ambos rodamos por el suelo Quiso hacer uso de su arma sobre mí, pero yo le cogí la muñeca y se la doblé. Sonó un disparo y el proyectil picoteó en el techo. Por el corredor llegaba gente apresuradamente. Jeffries sé despertó dando un grito.

Pegué un puñetazo en la barbilla de mi enemigo, pero mi posición era muy forzada y el golpe apenas le hizo efecto. Me encogí un poco, apoyando las rodillas contra el suelo, para dispararle un trallazo que lo anestesiase, pero subestimé demasiado al eterno lector porque él entonces me pegó un enorme patadón en el vientre y me arrojó hacia atrás. Cometí la torpeza de abrir la mano al estremecerme de dolor y cuando levanté la mirada, vi que el asesino se disponía a ejecutar su sentencia sobre Jeffries. Entonces sonó un estampido, luego otro. Vi cómo el moreno se estremecía una y otra vez, alcanzado en el pecho. Sé quedó un rato inmóvil y luego se desplomó sin vida junto al agente que empezaba a recobrar el conocimiento.

Yo entonces doblé la cabeza y vi al capitán Pedelty con una pistola en la mano. Pero no era de ésta de donde habían salido los proyectiles recién disparados, sino de la mucho más pequeña que esgrimía Lauren Corday.

Detrás de ellos se hallaban Mara, Fresh y Mills.

Pedelty me sonrió, comentando:

—Puede estar satisfecho. Le debe la vida a la señorita Corday.

Le levanté sacudiéndome los pantalones. Lauren acudió solícita al lado de su tío.

El agente se levantó dando un bufido, y después de contemplar el cadáver, me miró a mí y declaró:

—Se presentó aquí queriendo entrar como todos, y cuando le dije que no podía ser, sacó una pistola y me amenazó. Entramos los dos, pero entonces tuvo un descuido mientras observaba al señor Jeffries y yo le ataqué. Fue todo muy rápido, me pegó un culatazo

en la cabeza… y ya no sé más. —Me sonrió y dijo—: Al parecer, usted tampoco ha podido con él, doctor.

Pedelty frunció el ceño y me miró, inquiriendo:

—¿Qué es eso de doctor?

Lionel Zukor se coló en aquel instante por la puerta, gritando:

—¡No firme nada, señor Jeffries!

Dio un empujón a Fresh, que se le interponía en el camino, y se acercó a la cabecera de la cama, donde prosiguió hablando entrecortadamente:

—¡Estoy dispuesto a firmarle un contrato, señor Jeffries! Hice una investigación con motivo de su torsímetro y ha resultado que el jefe de mi laboratorio era un desaprensivo que invertía los créditos que concedíamos para sus experimentos en mantener a una chica en Miami. Sospechaba algo e hice averiguaciones por mi cuenta. Antes de presentarme su dimisión, ha reconocido que si los principios en que se basa su torsímetro son exactos, ese aparato puede solucionar lo de las vibraciones. ¡Estoy dispuesto a hacerle una buena oferta!

—¡Pero la mía será mejor! —gritó Donald Fresh—. ¡Escuche, señor Jeffries! Los informes de mis técnicos acerca de su torsímetro eran buenos, pero quise quitarme de en medio a los moscones y tratar el asunto directamente con usted. Mills era un intermediario y como él está en la fábrica del señor Zukor, me creí que rechazando el invento en principio, Walter lo comunicaría a Zukor y éste se apartaría del camino. Ignoraba que habían acudido primeramente a él.

Jeffries tosió y dijo:

—Ya que todos ustedes son tan amables, si pudiera ser, yo constituiría sociedad con los dos. Ambos reúnen las condiciones que se requieren para formar una sociedad de envergadura. Usted, Fresh, se encargaría de la venta, y usted, Zukor, de la construcción. —Miró a Mills y dijo—: Y tú, Mills, serías un estupendo administrador. —Dio un suspiro y añadió, echando una mirada al cadáver—. Lo malo es que no sabemos lo que este hombre habrá hecho con el torsímetro. El está muerto. ¿Y si lo hubiese vendido a otras personas?

—A lo mejor no ha ocurrido eso —expuso, jovialmente, Pedelty —. Bastará con que nosotros demos con él lugar en que se hospedaba y apuesto a que allí encontraremos ese dichoso

aparatito.

Estaban todos distraídos y me agaché sobre el cadáver, despojándole de la cartera. Luego me enderecé y estaba extrayendo una tarjeta, cuando Pedelty rugió:

—¿Qué está haciendo ahí?

Me volví hacia él, diciendo:

—¡Oh! Una simple comprobación.

Me dio un tirón y me despojó de la cartera y la tarjeta. Tras dirigirme una fría mirada, observó la segunda.

—¡Ajá! El ladrón se llamaba Henry Leving. ¿Ha oído alguno de ustedes ese nombre alguna vez?

Nadie respondió.

—¿Qué profesión tiene? —pregunté.

Varios enfermeros y enfermeras habían aparecido por la puerta, y el agente señaló para que se llevasen el cadáver. El capitán dio unas órdenes, y, finalmente, cuando la tranquilidad renació en la habitación, se volvió hacia mí, preguntando:

—¿Su profesión decía, Larry?

—Sí —ratifiqué.

Consultó de nuevo la tarjeta y manifestó:

—Aquí dice agente de seguros.

—Y apuesto a que figura domiciliado en Akron. Estado de Ohio.

Pedelty levantó los ojos de la cartulina y los depositó en mi rostro con un gesto de perplejidad.

—¿Cómo lo sabe, Larry?

—Porque la señorita Corday también es de Akron.

Hubo un silencio en la estancia.

—¿Qué insinúa, Larry? —preguntó, de nuevo, el capitán.

—Henry Leving era el prometido de Lauren. El fue el ladrón y ella la inductora. Es posible que hasta Lauren fuese quien apretase el gatillo contra Mike.

Yo estaba mirando a Lauren cuando decía aquello y observé cómo su rostro palidecía poco a poco.

—¿Se ha vuelto loco, muchacho? —exclamó Dan.

—No, capitán. Me encuentro en mi sano juicio. Todo está demasiado claro. Lauren recibió varias cartas de su tío diciéndole que había encontrado algo sensacional. Puede que ella no diese importancia al principio a tales noticias, pero finalmente llegó a su

poder una carta en la que su tío la invitaba a que se uniese con él en Nueva York, asegurándole que iba a convertirse en millonario en poco tiempo. Ella empezó a pensar en la posibilidad de que todo fuese cierto. Estaba sola en Akron, es decir, con su prometido. Debieron de hablar largo y tendido sobre el asunto y decidieron probar fortuna. Todo se reducía a hacer un viaje para ver lo que había de cierto en todo aquello. Vincent le mostró a Lauren lo que había conseguido, y ella llegó a la conclusión de que tenía al alcance una fabulosa fortuna. Se vio con Henry y acordaron quedarse con todo el negocio. No tenían bastante con las migajas que les pudiera dar Vincent. Después de todo, él podía arrepentirse de sus promesas y dejarles como antes, en su mediocridad.

Me escuchaban en suspenso, pero Lauren hizo ahora una mueca.

—¿Qué pruebas tiene para demostrar eso?

—Al capitán Pedelty le resultará mucho más sencillo de lo que usted se figura. Le bastará con dejarse caer por Akron (Ohio) y preguntar por la relación que le unía a usted con Henry. Apuesto a que puede tomar cincuenta declaraciones en el sentido de que ustedes dos eran prometidos o que por lo menos se veían frecuentemente.

Lauren se mordió el labio inferior.

—No diga tonterías; lo confieso, éramos prometidos. Pero yo no sé una palabra de lo demás. Confié a Henry la carta de mi tío y él debió seguirme. Todo lo ha hecho por su cuenta y riesgo. Ha sido ésta la primera vez que lo he visto desde Ohio.

Naturalmente, hacía un esfuerzo desesperado por escapar al castigo de que se había hecho acreedora. Yo le repuse:

—No sea ingenua, Lauren. ¿Por qué ha disparado contra él? Pudo hacerlo el capitán. Le diré la razón. Pedelty sólo hubiese tirado para herirlo, pero usted no podía concederle esa oportunidad; habiendo fallado el golpe, se convertía en un testigo contra usted. Lo quería ver muerto y por eso lo ha matado. ¿Recuerda esta tarde, cuando la abordé en el bar y la invité a que me hablara de Jeffries? Usted, momentos antes, se había detenido ante una joyería para admirar las alhajas que se exhibían. Cuando supe que era usted la sobrina de Jeffries y recordé aquel detalle, me hice varias preguntas. ¿Cómo podía detenerse ante una joyería, siendo así que creía que su tío había muerto, como usted misma me dijo? ¿Por qué

no se presentó al capitán Pedelty cuando descubrió que sacaban de su casa a su tío en una camilla? Fue sincera únicamente en una cosa. Cuando me relató lo ocurrido en el Madison Square Garden.

Mike resultó ser mejor detective que yo. Tuvo en cuenta que usted sólo llevaba tres meses con su tío e indagó en lo que se refería a usted, cosa que ninguno hemos hecho. De esa forma se enteró de la existencia de Henry Leving. ¿Se da cuenta? Sólo necesitó saber eso para descifrar el crucigrama. Naturalmente, él creía que se encontraba con personas normales. Pensó que descubriéndoles a ustedes no ocurriría nada más. Al fin y al cabo, se trataba de un robo…

—¡Espere un momento, Larry! —atajó, de pronto, Pedelty—. Si todo eso que dice es cierto, ¿cómo explica que fuese Lauren quien acudiese a Mike para que él investigase acerca del robo?

—Creo que el señor Jeffries tendrá algo que decir al respecto.

—Fui yo quien quise ponerme en contacto con Mike Bettger —repuso Vincent—, pero Lauren se opuso a que yo saliese de casa y me dijo que ella se encargaría con mil amores de hacer este trabajo.

—Claro —tercié yo—, y con más amores todavía trató de eliminarlo a usted haciendo el cambio de la medicina.

—¡Eso es una vil calumnia! —gritó Lauren.

Pedelty la miró a ella y luego a mí, diciendo:

—Antes de que siga adelante, Larry, y ya que estamos en lo del robo, explíqueme lo de las sustracciones en la Compañía Anderson.

—Una vez Lauren y Leving se decidieron a dar el golpe, debieron darse cuenta de que les interesaba tener en casa a Jeffries para desembarazarse más pronto de él. Incluso me atrevería a asegurar que todo fue una confabulación previa, para la cual contaron con la ayuda de algún obrero de la fábrica que introdujo en el armario de Jeffries los objetos que se notaron a faltar.

—¿Quiere sugerir que ellos pensaron desde un principio asesinar al detective que la señorita Corday contratase?

—Parece increíble, pero pudo ser así. De esa forma quedaba justificado el supuesto suicidio de Vincent Jeffries. Éste se habría matado después de liquidar al detective a cuya actuación debía el que fuese despedido. Es decir, dando lugar a su hipótesis, capitán.

Pedelty apretó los labios con firmeza y, tras una pausa, preguntó:

—¿Por qué Mike no tiró inmediatamente de la manía, descubriendo a Lauren y a su prometido?

—Eso se debió a George Shannon, el jefe de Mike. Shannon quería hacer también su agosto a costa del torsímetro. En un principio su intención era apoderarse del aparato por sus propios medios, pero cuando supo que Mike se le había adelantado, decidió que no tenía más remedio que asociarse con él para la explotación del aparato. Por ello hizo que Mike demorase el final de su trabajo y lo citó en el Madison Square Garden. Allí se fueron Mike y Lauren, pero no acudió Shannon, sino que mandó un mensajero dándole una nueva cita. Mike se marchó excusándose ante Lauren por escrito y este hecho le indicó a ella claramente que él estaba al corriente de todo. Se iban a desmoronar en un momento todos los castillos que había construido a costa del invento de su tío. Salió de allí inmediatamente y se puso en contacto con Henry. Había que obrar en seguida. Mike debía ser eliminado. Se dirigieron a su casa. Si era preciso estaban decididos a sacarlo de la cama, pero al llegar allí se encontraron con la sorpresa de que él salía. Lo demás es sencillo y me ahorraré contarlo. Sólo me queda decirle que fue muy burda su escena del hotel cuando entré y la encontré en el suelo. Usted empezó a temerme y envió a Henry para que me siguiera. Naturalmente, me di cuenta de ello. Cuando me fui a comprar la cena al bar, él subió para enterarse de cómo estaban las cosas porque cabía la posibilidad de que tuvieran que deshacerse de mí también. Pero por una vez temieron que tanta sangre acabase ahogándolos. Por si acaso me encontraba con Henry a mi regreso, simuló que él le había pegado. Usted, Lauren, empezó a acariciar Ja idea de que tuviese que eliminar también a Henry del caso, cosa que ahora ha ocurrido…

Lauren estaba lívida y respiraba entrecortadamente. Seguía esgrimiendo la pistolita con la que había matado a Henry. Eso lo sabía yo, pero también sabía que todo lo que acababa de decir no constituía prueba suficiente para que un jurado dictase contra ella un veredicto de culpabilidad. En realidad, mis acusaciones no constituían más que una red de indicios. Por ello tenía que correr aquel riesgo.

Ella levantó la pistola, exclamando con rabia:

—¡Maldito polizonte! ¡Esto me lo vas a pagar!

Pero mi insustituible Mara, que por algo es secretaria de un detective privado, se había ido acercando a ella poco a poco mientras yo la acusaba, y ahora le pegó con el bolso en la muñeca. Lauren soltó un aullido e inmediatamente Walter Mills la agarró del brazo y se lo torció, obligándola a soltar el arma.

En la estancia se hizo un gran silencio. Lauren me miraba iracunda mientras Jeffries, sentado en la cama, había hundido la barbilla en el pecho. El capitán carraspeó y ordenó suavemente:

—¿Vamos, señorita Corday?

Ella dio un tirón, desasiéndose de Mills, y echó a andar delante del policía. La nueva pausa no se rompió hasta que hubieron salido de la habitación.

Jeffries dijo con voz grave:

—Gracias, señor Cane.

Mara me miró angustiosamente, creyendo que íbamos a salir de allí con los bolsillos vacíos, como otras veces había ocurrido. Pero entonces, Jeffries miró a Zukor e indicó:

—Fírmele al señor Cane un talón por valor de siete mil dólares. Será su primera aportación a la empresa que constituyamos.

Zukor dio un respingo y me miró mojándose los labios, pero finalmente se acercó a la mesilla de noche, sacó un talonario, rellenó una hojita y luego la cortó, entregándomela. Yo, después de observar el siete con los tres hermosos ceros, le pregunté:

—¿Por qué huía de mí, señor Zukor?

—Lo vi a usted con aquel batín y creí que estaba allí para impedir que alguien llegase a la habitación de Jeffries. Yo tenía que entrar aquí fuese como fuese. Pensé que si usted me detenía arruinaría mis posibilidades en el negocio.

Yo sonreí y le guiñé un ojo a Mara. Nos despedimos de todos y salimos de la habitación.

Mientras bajábamos en el ascensor, Mara me preguntó:

—¿Sigue pensando en las vacaciones?

—Ajá —asentí—. Las necesito como nunca, pero sólo será un par de semanas.

—En su ausencia, me dedicaré a pasear por Central Park. Allí no le faltan a una, admiradores.

—¿Necesita muchos para sentirse satisfecha?

Me miró e hizo un mohín dubitativo.

—Bueno —dije yo—, si te pudieses conformar con un solo…

—¿Qué pasaría, jefe? —Se detuvo con el pecho agitado.

—Pues que te invitaría a venir conmigo.

—¿Es cierto? —inquirió, bailándole la alegría en sus hermosos ojos.

—Pasando, naturalmente, por la vicaría.

—¡Larry!

Cayó en mis brazos y yo la besé con fruición en los labios.

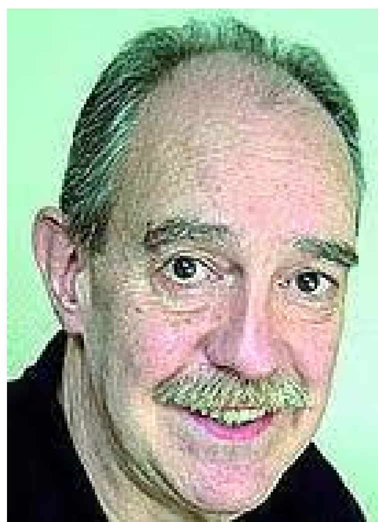
Hacía tiempo que el ascensor se había detenido, de modo que abrí la puerta y salimos fuera. Echamos a andar riendo hacia la salida, y en ese momento vi a mi enfermera, sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, unas piernas de campeonato. Me sonrió y me habló con los ojos.

Mara se dio cuenta del mudo diálogo que habíamos enlabiado y me dio un tirón de brazo, exclamando:

—¡Nada de eso, Larry Cane! ¡Ahora se acabó!… ¡Has dejado de ser un tipo duro!

Yo le dije adiós con la mirada a la enfermera, un adiós definitivo, y salí con mi adorable Mara del hospital.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).